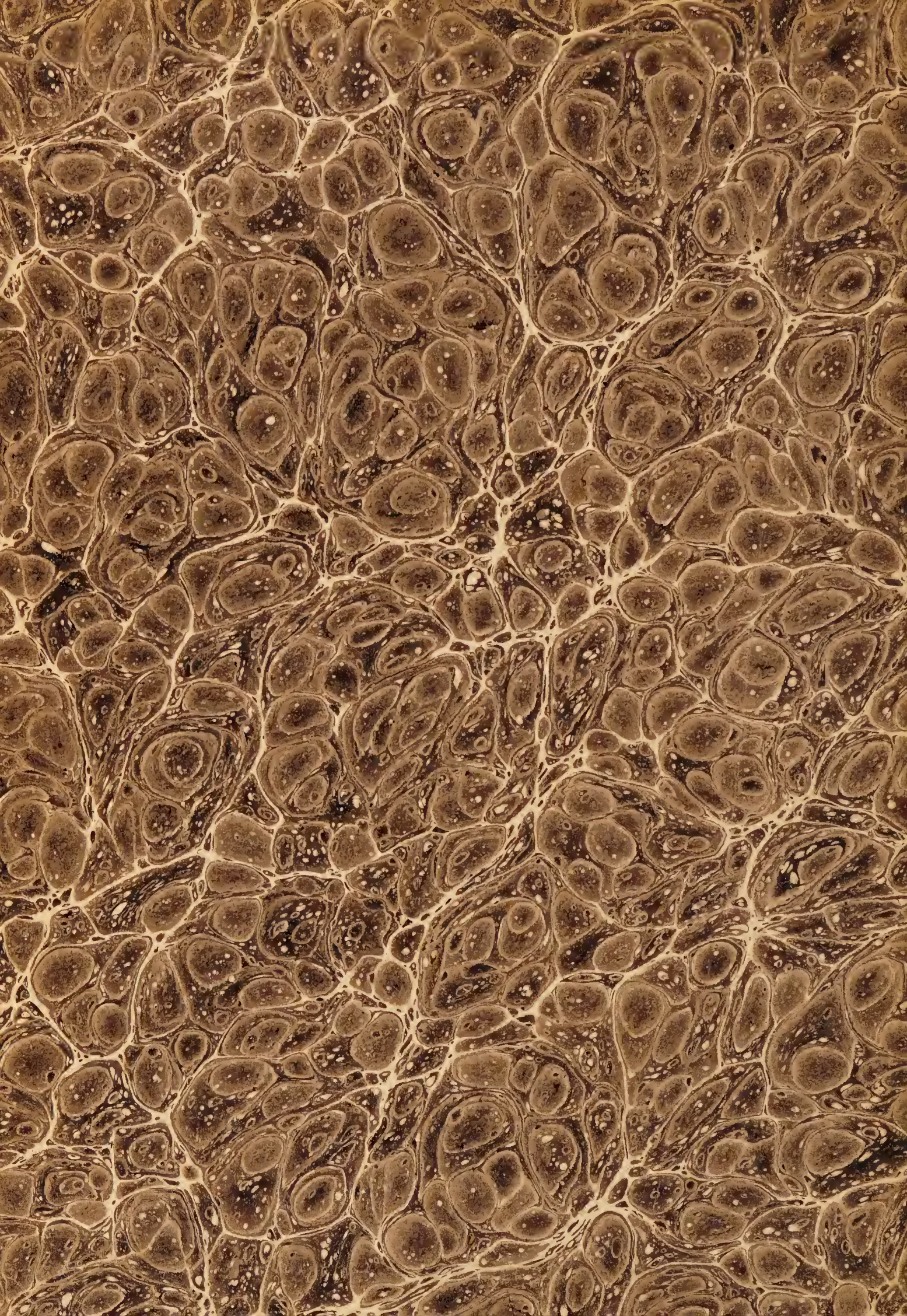
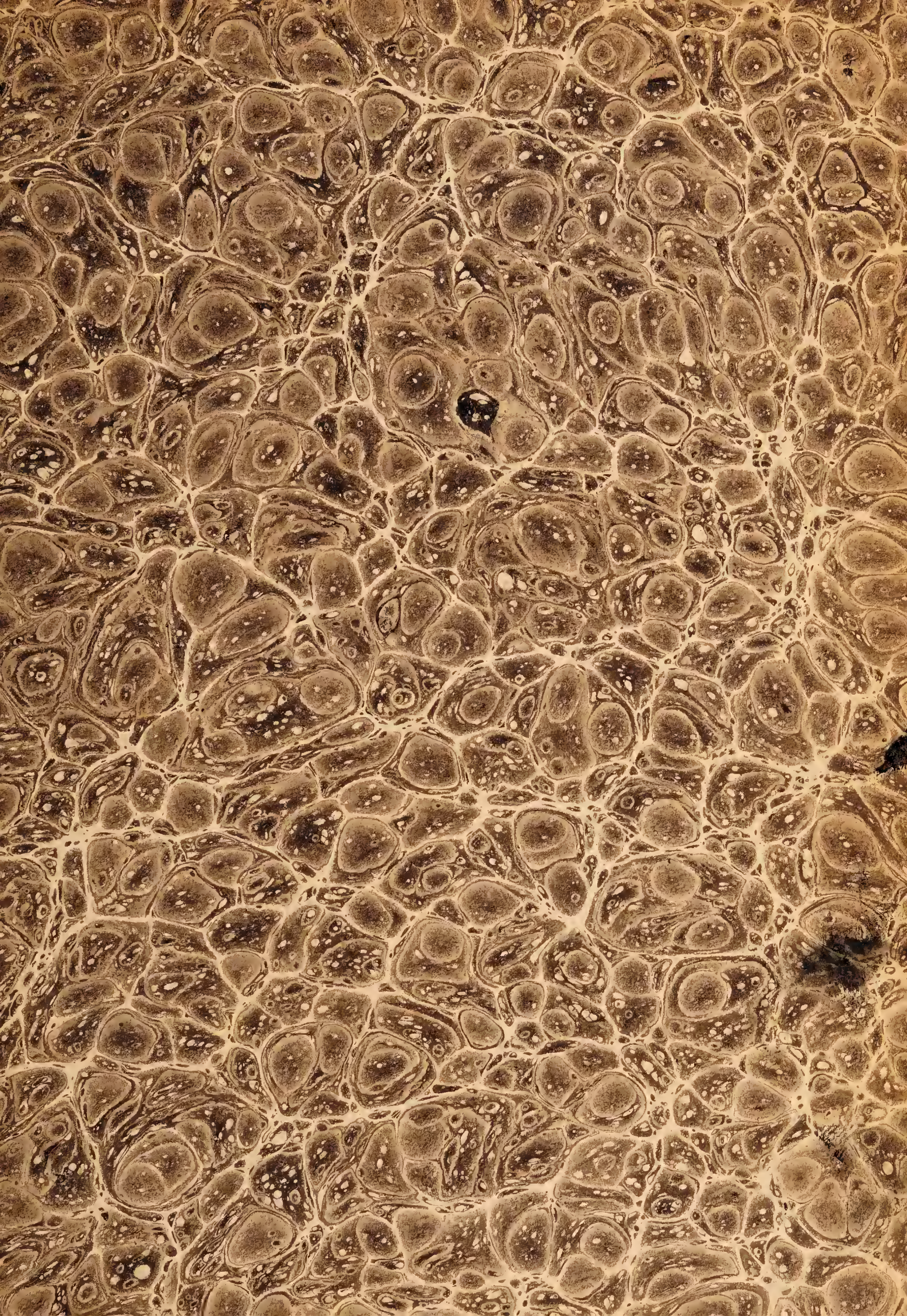




£6.00
M. 132
317494 Amer. G

Digitized by the Internet Archive
in 2017 with funding from
Wellcome Library

https://archive.org/details/b29341541

AVISOS IMPORTANTES

SOBRE EL MATLATLTZAHUATL,

O CALENTURA EPIDEMICA MANCHADA

QUE PASA A SER PESTE

Y QUE ES FREQUENTE EN ESTA N. E.

CON UN MODO SENCILLO Y FACIL

DE SOCORRER A LOS ENFERMOS

DONDE NO HAYA MEDICOS QUE LES ASISTAN,

Y CUYA EFICACIA Y SEGURIDAD

SE EXPERIMENTO EL AÑO DE 1813,

En que el Autor Dr. D. Luis Montaña fué comisionado por el Superior Gobierno y por el Exmô. Ayuntamiento para establecer y dirigir el método dentro y fuera de la Capital.

MÉXICO: 1817.

Imrenta de D. Mariano de Zúñiga y Ontiveros, calle del Espíritu Santo.

95300

WELLCOME
HISTORICAL
MEDICAL
LIBRARY

INTRODUCCION.

La observacion de las epidemias es el verdadero seminario de medicina. Asombra ver al grande Hipócrates sin mas estudio que este, en medio de la obscuridad de su siglo y de la filosofia, como anticiparse á los nuevos descubrimientos: asombra verle crear una medicina verdaderamente dogmática, inmediata y rigurosamente deducida de hechos. Reunidas en una persona, como lo estaban siempre mas ha de 25 siglos, todas las partes del arte de curar, necesitaban al maestro de quantos lo profesamos, á una prolixidad no interrumpida en esta ocupacion. Curaba Hipócrates las enfermedades internas con los remedios que preparaba él mismo: con sus manos los afectos externos. Médico, cirujano y farmaceuta, estaba como ligado á la cabecera de sus enfermos. ¡Quanta habitud de ver! ¡Quanta ocasion de notar por ápices! Cerciorado de executarse su método, veia si se llenaban ó no sus designios. Con tales ventajas nos acopió la gran riqueza: ¡oxalá se hubiera seguido constantemente su plan! Él es un mero historiador en aquellos tres libros de epidemias, de cuya autenticidad no dexa duda la dignidad del estilo. La verdad sola, los hechos desnudos, su encadenamiento: he aquí los primeros principios de demostrar en la ciencia humana. Somos inclinados á mezclar nuestras ideas con las que imprimen por sí los objetos: lo somos asímismo á saborearnos en leer y en escribir la historia raciocinada. Mas Hipócrates con admirable sobriedad se abstiene de todo discurso. Léjos de embellecer sus quadros con los elegantes colores que tenia á la mano, como filósofo profundo; pintó la sola naturaleza en las mismas actitudes ya animadas, ya lán-

guidas, ya toscas en que ella se dexa ver; y Areteo, su fiel discípulo y el pintor mas valiente y galan de todos, presenta perspectivas que elevan, es verdad, el alma, pero no engendran la ciencia que las magestuosas aunque sencillas descripciones de su maestro.

El que dibuxa la naturaleza qual ella es, da sin duda las ideas mas netas. La precision conduce á lo sublime de los juicios y de las sentencias. Hipócrates, á lo que yo alcanzo, no habria llegado á ser tan filósofo, á no haber sido un médico tan observativo y tan pintor. Despues de muchos años empleados en recoger hechos, fué quando se halló en estado de generalizar sus ideas; despues de analizarlos; despues de deducir conseqüencias singulares, pudo: de una parte, comparar, combinar, establecer semejanzas y diferencias, y subir así á la suma altura en la colocacion sintética de las ideas; y de otra, entrarse á las profundidades y á los misterios mas inaccesibles de la fiebre.

Hipócrates en Grecia se halló en las mismas circunstancias que nos presenta la N. E.; y hemos estudiado la enfermedad en los mismos libros abiertos en que la leyó él. Así es que vemos, como él vió los diferentes aparatos de síntomas con que varía la calentura en distintos enfermos, ó en distintas épocas de unos mismos á proporcion de las variaciones atmosféricas.

A la verdad: las vicisitudes y por decirlo así, las oscilaciones de una sola idéntica epidemia, se observan dó quiera que hay observadores: solo infunden ellas terror al vulgo; y solo alucinan á los médicos que no se han formado sobre el modelo del de Cóó. No familiarizados con los escritos de los padres de la medicina, por mas que sean catedráticos de Universidades, ó vacilan temiendo mudada la índole del mal, ó creen ver en las

que se llaman anomalias de algunos casos, unas complicaciones que no son mas que otros tantos prestigios de la imaginacion: otros tantos asilos de la ignorancia.

En México no hace gran falta la que el profesor comisionado para la distribucion de médicos, tuvo del tiempo y de la tranquilidad que se requieren para llevar diarios de un considerable número da casos curiosos que manejó. Ademas: no es, hablando con franqueza, ni ha podido ser este facultativo, un estudiante tal, que pudiera dexar á la posteridad unas investigaciones que ilustraran la medicina y honraran la patria; y por eso exhorta á sus zelosos comprofesores á que la hagan este servicio, ofreciéndoles aquí, valgan lo que valgan, algunos materiales que ha podido acopiar.

PARTE FILOSÓFICA.

§. 1. ART. 1.

Consideraciones sobre el o. igen de la epidemia.

Primera consideracion.

1. Todos desean saber la causa productiva del *matlaltzahualt*: mnchos avanzan meras congeturas: nadie satisface; nadie queda satisfecho. Los exemplares de pestes exportadas por mar y por tierra, inclinan á muchos á creer nacida á esta calentura de un parage, caminar de unos á otros, ó bien depositar sus gérmenes malignamente fecundos en las ropas, fardos, equipages, cartas &c.

2. La generacion de las epidemias es uno de los grandes arcanos, mucho mas escondido que la peste misma; porque, lo primero: ésta, quando no es endémica (*) nace de un foco, cuya infeccion se puede exâminar. Segundo: ha sido alguna vez transportada. Tercero: es contagiosa, aun quando se limita á un parage determinado.

3. Algunas epidemias suelen llamarse pestilenciales, á causa de los tumores y de las manchas que hacen brotar: de la agudeza de los accidentes extraordinarios é indómitos que acompañan á là invasion muy desde luego: de la celeridad en propagarse; y del efecto contrario de un mismo método curativo.

4. Tanto una como otra de estas plagas, nace en

(*) Lo ha sido en las tres partes del mundo, y se ha connaturalizado en Constantinopla.

climas de diferente y aun opuesta naturaleza. Tan rabiosas han sido las oriundas de los ardorosos y baxos arenales de Egipto, como las que han anidado los helados fangos en la altura del norte de Europa; y la muerte ya ha templado su acero inexôrable en las aguas del Támesis, ya lo ha afilado sobre las rocas del desierto. Las tripulaciones han revasado de las costas y de las playas enfermizas; y han sido destrozadas por una corrupcion de sus órganos, engendrada en ellos sobre el dorso mismo del inmenso piélago. El hombre, fabricado para alzar sus ojos á lo alto del firmamento, ha pretendido hallar en los astros una malignidad: ha sospechado del Eter puro. Homero acusa los dardos penetrantes de Apolo. Hipócrates, por lo que vió en la peste de Atenas, la llama divina, y nos manda estudiar lo que haya de divino en las enfermedades. Los médicos de Paris atribuyeron la peste del siglo 14 á una guerra de las estrellas y del sol contra el mar: los astrólogos culparon las conjunciones de Júpiter y Saturno &c. en las pestes de Italia y las Gaulas. Sin embargo, prescindiendo de las opiniones religiosas, casi nada hemos podido adelantar en esta investigacion filosófica, y hemos retrocedido al exàmen de los focos insalubres que nos rodean de mas cerca. Veamos pues si el hombre conoce mejor el mismo globo que huella.

Segunda consideracion.

5. Las nieblas infectas y las emanaciones de los pantanos causan fiebres, ya endémicas, (propias de un pais determinado) ya epidémicas: éste es un hecho indudable. Mas, supuesto no deberse descansar en generalidades ¿qual es la teoría? Por una parte se ha creido que el ayre de lugares pantanosos es menos respirable: por

otra, que los miasmas de los pantanos son amortiguadores. El eudiómetro de Volta (de hidrogeno) en los reiterados experimentos, hechos al pie de los Alpes y en las montañas Alpinas de los Gascones, ha desmentido lo primero; y aunque debemos nuestro reconocimiento á los excelentes fisicos Priestley. Seguin, Humbold &c. &c. por los trabajos con que han ilustrado la eudiometría: está sin embargo decidido, no ser mas sano el ayre por ser mas respirable: serlo mas el pantanoso que el de los valles y de las alturas; y no ser mas febril por contener menos cantidad de oxîgeno.

6. En quanto á lo segundo, dudo sean amortiguadoras las potencias, que engendradas en el cieno y elevadas á la altura correspondiente á su gravedad, se dice obran deprimiendo ó debilitando nuestras fuerzas. He aquí las razones de dudar. Primera: ¿no es el hidrogeno el gas por antonomasia inflamable? No arde quando tiene el fosforo en disolucion, al fresco de la noche en los charcos, en las ensenadas y en los cementerios? Segunda: ¿no vemos verdaderos catarros, (es decir esténicos ó hijos de estímulo aumentado) producidos por las neblinas y por los ayres pantanosos? Tercera: prescindiendo del estímulo que excitan en las narices, en la garganta y en la tráquea los vapores aquosos tibios ó calientes, ¿quien negará el orgasmo en que se ponen los enfermos de calenturas que yacen hoy en sitios inundados, húmedos y pantanosos? En su pulso denso, alto y undoso: en su respiracion poco acelerada, mas ó menos vehemente y dificil: en los ardores que los consumen; y en la lengua abultada, roxa y cubierta de telas agrisadas, que se queman y llegan á ser cortas mas ó menos pardas ó negras, se palpan las combustiones ó el efecto de la caloricidad. Quarta: en las habitaciones mas al-

tas, mas enjutas y ventiladas de la Ciudad, salta la sangre por la nariz de los enfermos, precedida del mismo ímpetu circulatorio que se nota en los enfermos aislados de la acequia de Chalco. Quinta: ¿y qué significa ademas la invencible y porfiada inclinacion á sangrarse, y el provecho que á algunos ha hecho la sangria? Por cierto que los prontos y grandes alivios que los indios han visto seguirse á la extraccion de sangre en los jayanes y trabajadores, les ha inducido á sangrarse por sistema del qual se ha originado una mortandad tan excesiva y escandalosa como lamentable.

Tercera consideracion.

7. Por la industria y por la lógica de los excelentes profesores de física y de chîmia, comprehendemos, por exemplo, de qué suerte el exceso ó el defecto de oxîgeno, son á su vez, causa de los grandes transtornos á que está sujeta la economia viviente: que fixado ó volatilizado mas allá de lo justo, inflama ó extingue la llama vital: que el exterior, combinado en exceso con el carbono y así respirado, nos sofoca: que el interior, combinado asímismo con el hidrógeno, deshace nuestros humores en sudores coliquativos &c. Mas, mientras no se reunan en un mismo profesor la física y la medicina, los progresos de ésta no serán proporcionales á los de aquella. ¡Ha si Lavoisier hubiera tomado el pulso! Los trabajos de indagacion que se harán, segun espero, sobre designios de medicina bien concebidos, desterrarán un dia tantas adivinallas á que nos conduce el impaciente deseo de descubrir causas sublimes: nos alejarán de teorías imaginadas sobre su modo de obrar: de formar ideas inexâctas; y por consiguiente de emplear frases vagas, hipotéticas é insignificantes.

Quarta consideracion.

8. No hay experimentos decisivos de ser debilitador el hidrogeno sulfurado (el que tiene azufre en disolucion). El de las aguas minerales de Puebla, cura la sarna y demas erupciones cutaneas asténicas: cura tambien las amenorreas (menstruaciones suprimidas). El azufre se ha llamado alma de los pulmones; tal es su buen efecto en los males crónicos del pecho. El oxîgeno sulfúrico desinfecta el ayre, las ropas, los fardos, los muebles &c., bien se queme solo el azufre, bien se combine con el nitro ó con la sal comun.

9. Muy modernamente se congetura, ser debilitantes los miasmas pantanosos, y las neblinas de mal olor, cargadas de las sales disueltas en los lagos de donde se elevan, de animales y de gérmenes podridos. Que los productos de la putridez son perniciosos, no es questionable: mas que sean unas potencias positivamente asténicas, ó por lo menos, que lo sean siempre, es el problema que debia resolverse con pruebas positivas.

10. Si diferentes gases ó ayres como el azoeto (no vital) llamados mofetas, causan asfixîas (sofocaciones y desmayos), tambien las causa el tufo de carbon, que no es dificil probar obra estimulando y por exceso de oxîgeno, supuesto que el gas carbonico se compone de $\frac{28}{100}$ de carbono, y de $\frac{72}{100}$ de oxîgeno, (omitimos los quebrados de 27 y 71). Betthollet testifica la presencia del carbono en el hidrógeno pantanoso. Quando, pues, los miasmas en cuestion, no produxesen directamente mas que fiebres ataxîcas, convendriamos en que son sedativos ó amortiguadores; mas todo lo contrario se verá (§. 2. artíc. 2.) en los rasgos históricos de nuestra epidemia. Entretanto y segun lo reflexïonado (6 = 10) confe-

semos no haber podido determinar: quantas y quales son las substancias que producen epidemias: cómo obran: cómo se combinan para ello las que conocemos; y finalmente qué influxo prestan las no pocas, cuyo grado de combinacion y cuya actividad ignoramos. Este partido es mas digno del filósofo, que el de explicarse con generalidades vacias. ¡Quanto tiempo perdemos en leer las agenas! ¡Quanto en forjar las propias! ¡*Quantum est in rebus inane!*

ARTICULO 2.

Prevencion contra el miedo fundado en error.

¿Por qué el filósofo al tratar de cosas sublimes y obscuras, no podrá sentar proposiciones negativas, quando el teólogo por negaciones da mejores ideas de la Divinidad indefinible y escondida en santa tiniebla?

II. Proposicion: La epidemia actual no ha sido transportada.

Prueba I. En los dos años anteriores y en este se han conducido presos de varias partes á las cárceles y á los hospitales generales, sin que por las fiebres que han padecido mas de 500 de ellos se haya producido la que llaman de cárceles y de hospitales, y sin que se hayan contagiado los asistentes; siendo de notar por lo respectivo á los de Quautla, haber reunido quantas circunstancias debian contribuir á hacer epidemicas contagiosas y aun pestilenciales, ya las intermitentes perniciosas, ya las continuas pútridas que padecian. El lugar es por sí mal sano en la estacion del calor y de la lluvia, como lo experimentaron nuestros guerreros, sin embargo de estar bien asistidos y bien acampados: son allí endémicas las

intermitentes: Quautla encerraba grande número de gente, de bestias y de ganados: la mayor parte de los indios y castas era plagada de las varias especies de lepra, endémicas en las costas del sur: el asedio era estrecho y sostenido: llegó á faltar á los sitiados el agua pura: la de pozos y cisternas, juntamente con el escaso y mal alimento, les debilitó las entrañas. Vinieron estos presos á temperamento opuesto al de su suelo nativo y al de Quautla: pasaron á trabajar sumergidos en agua y en cieno. Todo esto era poco: colocados en dos salas, y ocupadas todas las camas, tuve á los restantes dispuestos en tres filas sobre el pavimento de cada sala: ninguno podia salir de ellas ni por un momento, hasta que estando de alta volvia al presidio: tantos tabardillos, ni contagiaron ni inficionaron los hospitales; luego los presos no traxeron la epidemia.

12. Prueba 2. La descomposicion de los cadáveres insepultos produce ordinariamente fiebres epidémicas, y tal vez contagiosas. La fetidez de los que quedaron tendidos del monte de las Cruces á Quaximalpan se percibió en México sin que se produxese ni una fiebre: no fué pues esta infeccion causa de la epidemia.

13. Prueba 3. Ni los viajantes, ni los fardos de Puebla dieron el mas ligero indicio de contagio; siendo así que la fiebre en dicha ciudad era tan grave, que se juzgó fiebre amarilla: y aun yo la creí tal, aunque degenerada, y que pudo ser introducida por los reclutas que se hallaron en la accion de S. Salvador el seco.

14. Proposicion: No se ha propagado por contagio la que hemos visto en este suelo.

Prueba. En octubre de 812 infestó el pueblo de S. Simeon: en enero de éste, el de S. Francisco, ambos de la feligresía de Señora Santa Ana de esta capital: en

marzo los de Quauhtenco y Tzacatlalmanco de la laguna: ¿y se dirá han contagiado á México los tres primeros, quando se cortó la fiebre en ellos á beneficio de los socorros mandados ministrar por el superior gobierno, y de cuyo suceso feliz dí cuenta oportunamente? ¿Estos enfermos contagiarian la ciudad, quando no continuaron inficionando sus propios hogares?

15. Con respecto á S. Simeon y á S. Francisco, considérese ser infinitamente mas pernicioso el ayre de lugares encharcados, quando disminuida el agua en ellos, se ponen en contacto con aquel, los lodos, los animales y los vegetales podridos, pues quando todo lo cubre el agua, impide este género de infeccion. Luego los pueblos de Santa Ana debieron ser un foco de contagio en los seis meses anteriores á la epidemia de México. Ellos sin embargo quedaron libres, y han vuelto á padecer la misma especie de calenturas que ataca á la ciudad.

Consecuencias.

16. 1. Esta epidemia nace de principios mas sublimes. 2. Eran inútiles los acordonamientos de tropas y de guardas, los quarentenas, la prohibicion del tráfico de los convoyes &c.

17. Pues el matlaltzahualt ha repetido hasta tres veces en periodos poco mas ó menos de quarenta años, de aquí á otros tantos debe quizá temerse, si no se previenen medidas de higiene pública. Mas no deberá dictarlas en los momentos angustiados el empirismo ciego, excitado por el terror sea del gobierno, sea de los pueblos. Aquel, como el piloto en tempestad, quando no haya podido precaver el mal, debe conservar presencia de ánimo para no tomar providencias ilimitadas y de

tanteo. Los médicos, y aun los puros físicos, examinarán las circunstancias territoriales; mas lo seguro es precaver la infeccion del ayre.

18. Proposicion. Era inevitable la epidemia: vano por consiguiente el empeño de cortarla en su totalidad.

Prueba. Tomémos por via de exemplo tres puntos de comparacion, S. Andres Chalchicomula, Acatzinco, México.

19. S. Andres. Valle situado á la falda del pico de Orizava, alto, frio, seco, en parte montuoso, sano, fértil, bien ventilado: habitantes agricultores, esparcidos, laboriosos, frugales.

20. Acatzinco: llano, distante de montes, clima de perpetua primavera, provisto de excelentes víveres: gente sóbria, industriosa.

21. México: baxo, muy mal construido, rodeado de aguas corrientes y estancadas, expuesto á nieblas y exhalaciones de todo género, siendo especialmente pútridas las orientales, no solamente á causa de innumerables pececillos, de anfibios, de reptiles, de insectos y de plantas que perecen anualmente; mas tambien de la inmensa masa de inmundicias de la ciudad, conducidas con lentitud por la acequia á los baxíos del Peñol y á las márgenes de la laguna de Tezcoco. Habitantes estrechamente reunidos, en habitaciones que avergüenzan la policía: pueblo indolente, vicioso, dado á la intemperancia.

22. La fiebre que ha desolado estos tres valles ha desarrollado el mismo genio. Y quando ni el clima sano, ni las gentes bien situadas, ni el arreglo de vida pueden resistir al poder de las causas universales, ¿se dudará ser éstas indomables? La fiebre amarilla se ha circunscrito: en España, á la Extremadura y á las Andalucías; en América, á algunas islas y á Veracruz. Así que el *ma-*

tlaltzahualt es mas general, porque es mas irresistible que el vómito negro.

PARTE MÉDICA.

§. 2. ART. I.

23. Supuesto no restan mas arbitrios que minorar el estrago y evitar la malignidad, consiguiente á la infeccion del ayre que respiramos, es el primero evitar el poder de las causas conocidas, que conspiran con las incógnitas; y el segundo, disponer la economía humana á que oponga una vigorosa resistencia. Gran parte del primero depende de la policía médica: el segundo es el arte de curar. Una y otra filosofía debe subir á las causas, y entrambas reunir sus esfuerzos. Quando se tratase de preservar del mal, de cortar sus progresos, en vano se emplearía una sin la otra: mas sea lo que sea de aquella, quando ya se ha desarrollado la epidemia, lo principal es curar: así lo convence el inmenso número de enfermos, salvos en medio de las circunstancias mas desventajosas. Sería yo infinito si las indicase todas. ¿Quien será capaz de formar idea de los errores comunes y particulares, y de los desaciertos individuales y domésticos? Entre tanto: la miseria, el desabrigo, la indolencia, las preocupaciones, la habitacion desacomodada, en medio de la humedad, de la corrupcion y de la inclemencia: el abandono, la estacion irregular, la poblacion numerosa, y sobre todo el desórden, enemigo mas poderoso que los que acabo de referir, y que los que por ahora callo, debieron causar mayor mortandad aquí; y jamas podrá dudarse sin manifiesta temeridad, que los mas de

nuestros médicos, de cuyo teson y zelo no se citará un exemplar tan ilustre, han hecho prodigios, aun en medio de la sorpresa, de los afanes y de las necedades de las gentes. Permanezcan en bendicion eterna los no poco héroes de medicina y de humanidad que se consagraron todos á los infelices, postergando otras atenciones menos engorrosas y mas pingües, quando en vez de deber consideracion, y de percibir gratificaciones ú honorarios puntuales, han sostenido con magnanimidad las desatenciones, los agravios, las injusticias mas.... Comprofesores virtuosos, cuyo ardor de beneficencia brilla al través de la sombría ingratitud de la patria, Vds. han visto nuestro ministerio como verdaderamente sagrado, y que los que han osado degradarlo, mas bien han envilecido el suyo. Si sucediese que por ahora no sea elogiada la ciencia del médico, ella lo será un dia de serenidad y de razon. Si quando los oficios de Vds. han sido mas necesarios, se ha hecho á algunos de Vds. menos honor que en tiempos bonancibles, y que el que anuncian y prescriben los sacrosantos oráculos, es necesario considerar, que sacudido el orbe entero en sus quicios, toda es vahidos la sociedad. Ademas: quando metimos el hombro á la inmensa pesadumbre de la tarea que nos ha oprimido, previmos: no en verdad los caprichos de tal ó de tal persona de falaz talante y de labios mentidos; pero sí las extravagancias, las emulaciones, los resentimientos: prevision que nos dispuso á mirar con desprecio mil imputaciones, forjadas sea por algun pobre escritor de *pane lucrando*, sea por otros apologistas impertinentes ó sándios, á cuyas sonoras eruptaciones no hemos contestado al momento, por no defraudarnos de nuestro tiempo precioso, permitiendo á algunas almas pequeñitas gocen anticipadamente del triunfo que se ha-

brán imaginado les concede el silencio en que hemos permanecido.

Policía.

24. Bastante sabidas son las muchas providencias que se dictan en tiempos de epidemia. El zelo paternal, la sábia prevision: he aquí los dos sumos deberes de estado. Todos los gobiernos anhelan llenarlos; mas como se conducen por juicios de peritos: la obscuridad de la materia: la naturaleza inaccesible de las causas que producen la enfermedad: la facilidad de confundir la epidémica con la contagiosa: las falsas analogías que engañan á los físicos; y las opiniones autorizadas, aunque destituidas de documentos, ¡á quan bárbaras providencias no han inducido! ¡á quantos horrores, á cuyo aspecto tiembla la humanidad! ¡Quien puede acordarse de aquellos desgraciados cuyas habitaciones se tapiaron por defuera en una de las pestes de Marsella! Nuestro gobierno habia desechado sabiamente los ruidos de alarma que excitó la calentura desarrollada en Puebla.

25. Posteriormente sobre policia escribí poco; mas de voz viva pedí mucho. El espíritu de mi nota reservada, y el referirme al informe que produxe en ocasion que se temia una infeccion de la ciudad, y obra en un expediente del desagüe, era dar movimiento á las aguas, maniobra que podian hacer los forzados. Por desgracia se supuso debian costearse del fondo de caridad, quando yo creia deberse mantener tales operarios de sus fondos propios, una vez que solo se trataba de una conmutacion material en sus trabajos ordinarios. Así se frustró una precaucion esencial, en coyuntura en que no habia operarios aun para las limpias diarias y de contrata.

26. Constan en actas de Ayuntamiento mis opinio-

nes sobre policía médica pública; y á falta de reglamento especial, se acordaron algunos artículos pertenecientes á ella, y se insertaron en la policía médica privada. Se circuló un oficio del tenor siguiente: = Por comision del Exmô. Ayuntamiento, encargo á cada uno de Vds., en la forma que abaxo expreso, la asistencia de los pobres invadidos de la actual epidemia, de cada uno de los quarteles menores, con expresion de los señores regidores, con quienes cada uno de Vds. se pondrá de acuerdo para el arreglo y fruto de este servicio patriótico.

Convendrá que nos juntémos esta noche en mi casa, calle de la Alameda núm. 4, para que sirviéndose Vds. auxîliarme con sus luces científicas, y con sus advertencias económicas, se pueda uniformar y rectificar el método.

Yo apreciaría mucho que las noches que fuese posible á todos, ó á algunos de Vds, repitiésemos esa conferencia, por lo que se puede adelantar en estos objetos.

Se dirigirán Vds. por las mañanas, quanto mas temprano puedan, á casa de la persona que se habrá diputado por los señores regidores para recoger y comunicar á Vds. noticia de las habitaciones de los enfermos.

Deseo que la primera junta sea esta misma noche.

Están asignadas las boticas de la Monterilla, del portal de Santo Domingo, S. Andres, esquina de Vanegas, calle de la Joya, baxos de Portaceli, calle de las Damas, calle tercera del Relox, calle de la Palma.

Recetarán Vds. en hojas sueltas, que comprehendan de diez á veinte enfermos, poniendo fecha, y los nombres ó apellidos de aquellos, y Vds. las firmarán ó rubricarán. Los interesados en cada hoja, acudirán así en pequeñas reuniones á las boticas, y Vds. recogerán

al dia siguiente estas hojas para que sirvan á Vds. de gobierno, y para que se sepa si se despacharon todos los medicamentos, ó no.

A este oficio siguieron el plan de socorros, Diario de 8 de mayo, y las instrucciones siguientes. 1. El médico no debe tener mas obligacion que recetar y firmar la dieta. Para atender con comodidad al mas bien ordenado socorro de los enfermos, será conveniente lleve una lista de los que necesitan mas vigilancia y observacion, para darles preferencia sin atender á otra cosa, rigiendo por su leal saber, para no distraerse de tan grave atencion ni por los caprichos de los pobres, ni por el zelo importuno de otras personas. Él por su prudencia, calificará quales pobres se han de socorrer en todo, y quales en parte. Preferirá siempre á los padres de familias, artesanos, menestrales &c., socorriéndolos hasta su perfecto restablecimiento. Discernirá por sí, el quando y el como se haya de trasladar un enfermo al hospital; y sobre todo, llevará exâcta razon de los muertos. Darán partes semanarios, ó de diez en diez dias.

ARTÍCULO 2.

Naturaleza de la fiebre.

Primera hipótesis.

27. Parece que el árbitro soberano dispuso entrasen en el órden de su adorable economía unas revoluciones generales de los elementos, que induciendo por periodos ciertos movimientos en los cuerpos organizados, y ocasionando así el desarrollo de sus fuerzas, los purificasen. ¿Qué es la primavera, mas que una renovacion anual

de todos los vivientes? El oxîgeno, el fuego, la luz, la materia de las atracciones magnéticas y de la electricidad, si por ventura son distintas, y otros fluidos etereos, si los hay, deshacen las coagulaciones formadas en el invierno. A este modo, de vez en quando, conspiran los agentes comunes á excitar la energía de nuestros órganos para que instituyan evacuaciones. La sábia antigüedad llamó despumaciones á varias enfermedades. Las viruelas, el sarampion, la escarlatina, la sarna, los romadizos, las fiebres eruptivas &c.; aun las intermitentes, son enfermedades benéficas. Los europeos que pasan á la zona ardiente, padecen varias especies de calenturas para aclimatarse, quedando ya libres del rigor de las estaciones. ¡Sí! la fiebre es un medio de mejorarse el hombre: una indisposicion preservativa: un remedio de mil dolencias contraidas por incuria.

Segunda hipótesis.

28. El abandono de la policía, y otros defectos ó vicios de administracion, han originado siempre ciertas propensiones á enfermar. En general el demérito del vigor, hijo de la inaccion, del luxo y de otras usanzas perniciosas, repone malos humores, lacra la sensibilidad y el juego de los músculós. Las disensiones, la guerra, las opiniones que agitan los gobiernos, la supersticion, la esclavitud, el demérito de la agricultura y de los oficios, la holgazanería en poblaciones numerosas, el desórden y el terror, en todos los siglos han originado no solamente epidemias, mas aun la peste misma; y es un error tener estas enfermedades por hijas del tráfico y de las guerras extrangeras activas ó pasivas, como pretenden innumerables escritores europeos. Nacen las epidemias

y las epizootias, donde quiera que los hombres ó los brutos han contraido vicios en sus órganos ó en sus humores. Entonces el curso ordinario de la estacion mueve la fiebre, la qual es un movimiento crítico en los viciados, que son los que caen solamente por estar predispuestos.

Aplicacion de esta doctrina.

29. Proposicion. Nuestra epidemia puede llamarse depuratoria.

Prueba 1. Por todos los emuntorios mueve copiosas evacuaciones, que aun en una semana dexan libre al enfermo.

Prueba 2. Si por la condicion de éste, por errores de los asistentes, ó por la oficiosidad del médico (esto es muy ordinario) se frustran éstas, el enfermo recae.

Prueba 3. Es dia crítico qualquiera en que hay evacuaciones abundantes.

Prueba 4. Las recaidas de los que despues de haber evacuado mucho han cometido grandes excesos, son ligeras, de corta duracion, y á veces solo requieren dieta y quietud; mas las recaidas de los que no han evacuado copiosamente, son mucho mas graves que el primer ataque, sin embargo de haber tenido causas ~~legitimas~~ y despreciables. ligeras

Prueba 5. En innumerables casos hemos sido los médicos unos meros expectadores. No podria yo comprobar el número de enfermos que he asistido por el de las recetas que he hecho, pues se curaron muchos con solo un buen régimen. Podré sí presentar muchos otros á quienes no puse mas que una receta en todo el discurso de la fiebre.

Prueba 6. Se ha empleado con indecible fruto el

sencillo método de desembarazar muy suavemente el vientre; de sostener su fuerza y la de la piel; y de no impedir las evacuaciones abundantes.

30. Dexarémos la clasificacion sistemática de estas fiebres y sus denominaciones á la piretologia (doctrina metódica sobre ellas). No qüestionarémos de voces. El distinto nombre, útil (quando está arreglado) para estudiar libros y para darnos á entender, no supone distinta esencia. El mas ó el menos, ya dependa de la variada temperatura, ya del contagio humano que agrava mucho el mal, ya de la complexîon personal, no prueban diferencia sustancial de causas. El Sol que liqúa la cera, no es otro que el que endurece el barro. Poquísimas causas, y creo que muchas menos de las que se dicen, emplea el Criador para dar el espectáculo admirable y siempre variado de las estupendas y continuadas maravillas de sus manos. Inventese pues quanto se quiera en la teoría de los fenómenos; entiendalos y expliquelos cada profesor á su gusto, ó al de los autores que le merezcan mas fé: proponga á su arbitrio la construccion de tantos problemas de medicina, que por ser indeterminados admiten muchas soluciones; nosotros darémos hechos incontestables. Quando aventuremos ideas teoréticas, no tendrémos otro objeto que el de llamar la atencion de los facultativos.

Carácter genérico de la fiebre.

31. Como no se escribe para puros naturalistas, no se observará un método didactico de àbstraccion: es decir: no reuniré el número de síntomas que forman una deficion. Seguiré aquella sucesion de accidentes que constituyen el carácter natural de la enfermedad. La naturaleza y no los preceptos de disertar, guiará la descrip-

cion. La naturaleza en su desórden mismo, ha presentado el órden en que se verán entremezcladas las definiciones con las divisiones, y las señales de conocimiento con las de pronóstico.

32. Aunque muchos de los caminantes, de los trabajadores y de los operarios de oficinas que acaloran, comenzaron y continuaron desde el solo calor; lo ordinario ha sido dar ocasion á la fiebre por no haber evitado algun enfriamiento producido por una corriente de ayre, por lluvia, por el paso de los baños al frio, ó por alguna bebida. En estos casos y en el de indigestion = precede un cansancio á los escalofrios moderados, pasageros y repetidos. Estas sensaciones no han sido, como son de ordinario, indicios del calor que sigue; y éste es mucho mayor de lo que correspondia. En el periodo del frio, se excita la nausea y el vómito amarillo mas ó menos amargo, y acompañado de dolor en diferentes puntos del estómago. Si los enfermos se abrigan mucho, calma ó se suspende el vómito, para repetir cada vez que con motivo externo ó sin él, repite el enfriamiento orgánico.

33. Parece útil considerar en el periodo del calor, dos géneros de él: uno externamente aplicado: otro desprendido en lo interno. No es dificil comprehender que en la estacion ardiente, seca y hasta mediado mayo, el incendio era efecto de la aridez de la piel y de la membrana pituitaria que viste la boca, naríz &c. Los síntomas catarrales, la lengua (39, 1.) no dexaban duda. La sed obligaba á beber; y la bebida, fuese la que fuese, precipitaba el vómito aunque los enfermos nada tuviesen de recargo de estómago. Aun el citrato de potasa, dado á cucharadas y en sazon de estar ya muy descargada y aun vacía la primera entraña, era un vomitivo. Los enfermos, y mas los indios, huian la cama y se exponian al

ayre libre. Sanaron muchos de estos; lo qual no es maravilla, pues el frio externo aprovecha en la diatesis esténica, y á los endurecidos en el trabajo, nada delicados de nervios por consiguiente.

34. Si repetian los escalofrios, ó los enfriamientos (31), pasaban las materias arrojadas por vómito, desde el color amarillo por todas sus degradaciones hasta el pardo, roxizo, el de sangre, el verde y el negro. Bien se conocia quando estos vómitos debian contarse entre los movimientos saludables; y era, quando el siguiente crecimiento de la fiebre, ó se retardaba mas horas, ó era acompañado de pulso alto, mas ó menos lleno segun la buena nutricion del enfermo. Si en este aparato, la piel se ablandaba y se humedecia, casi nada restaba que hacer: quando no: era indefectible el arrojo de sangre por alguna ó por muchas vias. El dolor de estómago de que no se quexaban estos enfermos, pero que era muy agudo al tocarles, aunque fuese suavemente, la region precordial, perseveraba, á pesar de todos los remedios, hasta que se movia copiosamente el vientre ó hasta que se reiteraban las tomas de los polvos salinos, único remedio de innumerables enfermos.

35. Siguiendo el vómito, ó solo nausea, y cerrado el vientre, se aumenta sumamente el calor: nace un desasosiego y una ansia propia de la cardialgia, se encienden los ojos y aun el semblante: la lengua árida y áspera, mas ó menos roxa: pulso alto y duro, ó tirante, como si hubiese un aparato inflamatorio: aparato engañoso, que se disipa todo al momento que se mueve el vientre, sea por sí, sea por algun enema de malva y miel, ó azucar. En ningun caso parece mas indicada la sangria; ¡mas á quan pocos dias de haberla ordenado se arrepentirá el médico!

36. Quando á los vómitos seguia abatimiento de pulso, dificultad de orina, sed inextinguible, y perturbacion de ideas; síntomas que no se disminuian en el crecimiento inmediato de la fiebre: perseveraba la aridez de la cútis: brotaban manchas cárdenas de figura irregular: los enfermos caian en postracion y en insensibilidad. El peligro era sumo aun en la primera semana. Al abotagamiento de la cara, del cuello, de las manos, seguia la elevacion del vientre; y la muerte que anunciaban estos signos, se aceleraba sobreviniendo qualquiera evacuacion. El cadáver permanecia hinchado, se cubria de manchas aplomadas, violadas y negras, y se corrompia prontísimamente.

37. El calor que se desprendia en lo interno (32) era acompañado de pulso mas bien acelerado y pequeño, que duro y alto: la lengua no representaba lustre, ni la sed era urgente.

38. Las deposiciones por cámara, aunque fuesen disentéricas, debilitaban menos que los vómitos, ¿acaso por ser estos mas convulsivos?

39. Estos aceleraban; aquellas retardaban la sangre de narices. El estado de orgasmo (32 = 33) anticipa la menorrea acostumbrada de las mugeres.

40. Protesto ingenuamente haber sido espectador en los casos (33 = 36 = 37); mucho mas despues que vi se frustraba el efecto del citrato de potasa (32).

41. El dolor de cabeza, signo de primera importancia, es de dos especies y constituye dos diatesis entre sí opuestas, ó sea dos especies de calenturas.

42. Primero. El que ni antecede, ni acompaña á la invasion, ni se alivia despues de los vómitos y cámaras, es obtuso, ó mas bien una sensacion de peso: ocupa con especialidad la frente, y á veces la cerviz: está acompa-

ñado de pnlso alto, duro y lleno, por lo ordinario undoso (*), y de la lengua abultada, roxa y cubierta de la tela blanca, delgada y lustrosa, de que se ha hablado en otro escrito. Es anuncio seguro y cierto de epistaxîs (sangre de narices), y se mueve ésta en qualquier dia de la primera semana. Mas quando se retarda mas allá del sexto ó séptimo dia, sigue, ó una demencia mas ó menos audaz, ó la estupidez.

43. Segundo. El dolor que atormenta desde la invasion de la fiebre, ocupa lo superior de la cabeza, y es mas agudo en las sienes: es acompañado de pulso mas bien acelerado y blando que lleno y duro: de lengua sucia, no abultada, de color roxo baxo y sin lustre, indica tabardillo ó fiebre manchada; y es la que rigorosa y primitivamente llamaron los mexicanos *matlaltzahualt*.

44. El recargo de vientre produce grande número y variedad de síntomas. Hablaré aquí solo de los característicos. Son ademas de los dichos: (32 = 37) el vicio verminoso (revolucion de las lombrices): los enfriamientos: el delirio: la tericia: las ansias: los dolores de piernas.

45. El influxo que tienen las lombrices en la especial modificacion de la diatesis, y observé en la última epidemia de viruelas del año de 797, me movió á insinuar este artículo y á proponer el elixîr del formulario, para que mis comprofesores rectificáran tan importante

(*) Es tan dificil discernir el pulso undoso, como inefables el gozo y satisfaccion que experimenta el médico quando llega á percibirlo. Pide esta sensacion mucho uso y práctica. No se lisongee de conocerlo el médico de pocos años, porque se confunden fácilmente las olas de sangre que se suceden en un solo golpe ó pulsacion, con la undulacion que hace el turbado movimiento peristaltico de las arterias.

circunstancia, y de la qual depende, no solamente en los niños, mas tambien en muchos adultos del pueblo, mayormente en los indios, toda la felicidad ó la desgracia de la curacion.

46. Enfriamientos. Salvo en los casos de vómito de sangre, en que son sumos y generales, han sido moderados y pasageros, desaparecen luego que se ha arreglado el estómago. Los escalofrios han repetido en las crisis.

47. *Delirio.* Ademas del dicho (29 = 1) es de notar primero: el originado del vicio de estómago. Este es continuo y sigue las habitudes, el genio y la ocupacion del enfermo. Este conoce, contesta y manifiesta deseos, apetitos y caprichos. Segundo: el que consiste en insensatez ó en indiferencia, en poca ó ninguna contestacion, y es acompañado de sustos y de horrores, (el qual ha sido funesto) es propio del vicio del cerebro y de los nervios.

48. *Tericia.* Ha sido de dos especies. La crítica ha sido pasagera acompañada por lo ordinario de pulso blando, maravillosamente salutífera. Ha justificado las observaciones del inmortal Solano de Luque. La tericia en que el pulso, y mas el derecho, está alto y duro, ha sido mortal, como tambien la epistaxîs que le ha sobrevenido en los últimos periodos.

49. *Ansias.* La inquietud y desazon, ya acompañadas de gran sed, ya de sudores ó ya de enfriamientos, han precedido, acompañado ó seguido á los abortos y á los partos, y han sido síntomas peligrosísimos y aun mortales, mucho mas quando se ha retardado la expulsion del feto. Este caso es de muy dificil manejo: en él, qualquiera inadvertencia es funesta. Algunas jóvenes han perecido por la sola falta de un apoyo que sujete y comprima la region del estómago. En qualquiera dia en que

se ha notado el pulso muy alto aunque esté vacio, como lo he tocado alguna vez, debe casi esperarse la muerte de las enfermas, sin confiar en los alivios que suelen sentir. Quando la fiebre ha sido de aquellas en que está indicada la quina, poco ó nada me ha intimidado; mas quando este remedio no ha tenido lugar, hay mucho que temer, porque qualquiera otro método da resultados distintos y aun opuestos. No me atrevo á proponer alguno general, pide este caso nn médico provecto.

50. *Dolores de piernas.* Me ha parecido racional y fundada la analogía, en virtud de la qual atribuyo estos dolores á perturbaciones gástricas aunque la fiebre no sea adinamica. Esta analogia se funda: primero, en haberlos padecido nuestros calenturientos, quando han entrado en el periodo del *cholera-morbus* (vómitos y despeños llamados vulgarmente *miserere*) en vez de aquellos calambres de las pantorrillas propios de este accidente. Segundo, en las afecciones dolorosas y paralíticas, síntomas del cólico.

51. En abril, mayo y pocos dias de junio era freqüente la epistaxîs: feliz en general; mas ruinosa á los que se habian sangrado fuera de oportunidad. Pausó por 40 dias; volvió á ser muy freqüente y muy provechosa; mas, avanzado agosto, no ha sido tan decididamente útil.

52. Muy desde el principio era grandisimo el número de fiebres remitentes y subcontinuas (casi continuas). Atacaban á las personas aclimatadas poco ó mucho en paises calientes y frondosos: en los pueblos de la laguna y en otros encharcados; y en los barrios meridionales de México; mas desde entónces temimos seria prolongada la lluvia, y se transmutarian ó conmutarian en fiebres de peor carácter. Con efecto desde mediado de

mayo abundan los tabardillos, bien que muchos afectando un poco el genio de aquellas.

53. Las fiebres ataxîcas han sido mortales á los viejos y á los niños. Su carrera ha sido precipitada: tal vez de horas. Observé en los pacientes una inclinacion á baxar de la almohada sus cabezas. Pierden ellos las sensaciones aun á los sinapismos y á los cáusticos: hablan poco, aunque contextan: desconocen á los suyos. Su color es pálido y aun amarillo: se enfrian: reusan obstinadamente el alimento: su delirio es una demencia: lengua húmeda, limpia ó cubierta de una tela muy delgada algo azulada: ojos roxizos, cerrados y huyen la luz: pulso poco ó nada acelerado, alguna vez pequeño: respiracion fácil, tranquila. Avanzado el mal: evacuaciones por cámara fetidísimas: orinas abundantes; unas y otras se vierten involuntariamente. Las remisiones de la fiebre son considerables. En pocos de estos casos hay tremores. Los cáusticos aceleran la muerte. Cadáver amarillo.

54. Esta fiebre, ó si se me permite la expresion, esta degeneracion de la epidemia, solo ha sacrificado á los débiles, mal alimentados: á los que han arruinado su constitucion, ó por vicios vergonzosos, ó por enfermedades habituales mal curadas: á los sangrados con exceso ó fuera de sazon; á las mugeres que criaban y á los que recibian reiterados contagios humanos.

Caracteres singulares y raros.

55. Primero. En la fiebre benigna: dolores mas ó menos intensos, y aun acerbos de las extremidades, que dexan para mucho tiempo inmovilidad. Los del pecho y de la espalda siguen á la epistaxîs. Segundo. Los que la padecen caen en demencia taciturna: huyen la cama!!

Tercero. Una evacuacion sola por copiosa y prolongada que sea, no cura. Quarto. Entónces es casi indefectible la erupcion repentina de manchas copiosas; las quales en el momento perfeccionan la crisis!!! Quinto. En las remisiones: hambre voraz; y tal, que por esta razon han hecho fuga de los hospitales los enfermos.

Pronósticos especiales.

56. El pulso lleno y alto, esté duro ó blando anuncia fluxos de sangre y abortos. El undoso es enteramente seguro sea qual fuese el grado de la fiebre, y en toda estacion. No se puede pronosticar por el pulso el fluxo de sangre de los niños. El pulso que despues de los fluxos ó de otras evacuaciones persevera alto, bien esté tirante, bien suáve, es peligrosísimo; y en los abortos y tericias por llenura del higado, en qualquiera dia que se observe, anuncia la muerte.

57. La respiracion interrumpida á modo de sollozos, muy rara en los hombres, ha sido mortal en el tabardillo manchado.

58. La modorra y la sordera, con delirio ó sin él, quando se han frustrado ó interrumpido las evacuaciones, anuncian parotidas, y por sí es funesta la sordera.

59. Los dolores de las extremidades, ya sean efecto del miserere (50) ya sobrevengan al sudor, por acerbos que sean, son el signo mas feliz de quantos se han visto.

60. La hambre anuncia recaida; y ésta es indefectible si se toma alimento sólido.

61. El rigor (escalofrios con sacudimientos) las ancias, las torceduras de los extremos, las niñas de los ojos retraidas ácia arriba; en la primera semana y parte de

la segunda perseverando el pulso vigoroso, aunque esté retraido; anuncian sudor útil y seguro.

62. Los flúxos de sangre son en qualquier dia peligrosos á los niños de pecho: menos malos en los de 6 años para arriba; y en los adultos, solo son sospechosos quando se retardan hasta la tercera semana. Son ordinariamente funestos en esta época en las fiebres manchadas; y en la tericia siempre.

63. En algunas constituciones de tabardillo que he visto los años anteriores en las indias del hospital, ha sido de mal anuncio la expulsion de lombrices, y quando han arrojado muchas, no ha tardado la muerte; mas en esta constitucion epidémica: ni se han arrojado muchas ni ha sido malo. (*) Las indican los dolores de lomos.

64. Las manchas confluentes quando son tempranas son sospechosas; quando tardias, críticas con postillas ó sin ellas, menos en la tericia, en la qual son mortales, aunque el enfermo haya recobrado la razon, las sensaciones y los apetitos. El color de las manchas ha sido indiferente: es decir, por sí solo nada significa; y segun el estado de la diátesis, son críticas y saludables las negras, ó mortales las roxas.

65. La erupcion de ciertos botoncillos arredondados, duros, aplomados ó amoratados ha sido un signo

(*) Es difícil atribuir la expulsion de lombrices ó á la fuga de ellas quando comienzan á sentir la putrefaccion cadaverosa desarrollada en el canal alimentario, ó á la impresion del oxígeno excesivo de los jugos gástricos. La analogía que ministra el uso provechoso de los oxidos mercuriales en el vicio verminoso, y las observaciones que he instituido del ácido nítrico en tales casos, inclinan á creer lo segundo, sin dar por eso por imposible lo primero. El oxígeno abundante es intolerable á estos insectos cuya piel es muy tierna; y así no es de admirar que tanto les ofenda el oxígeno hidrogénico, como el carbonico que tambien se usa.

felicísimo, excepto en la tericia que probablemente consiste en vicio local del higado.

66. Luego que remitiendo la calentura un poco aparece la lengua blanca ácia la base, anuncia la terminacion feliz. (*a*)

§. 3. ART. I.

Consideraciones prácticas.

67. Es muy curioso el caso de la Señorita Amable. Quando consagraba los tiernos oficios de piedad filial á su excelente Padre, insigne médico herido cruelmente de la epidemia; precediendo un dolor de estómago, y una muy singular fatiga de respiracion, vomitó y depuso por cámara porciones de sangre negra. En ningun dia se alteró el pulso: en ninguno tuvo calentura; ¿como podria decirse que la crísis antecedió á la fiebre? Yo la llamaria crísis de la epidemia, no limitando el carácter de esta á la exîstencia de aquella.

68. Pues es probable qualquiera de las dos hipótesis (27 = 28) pues no se han exâminado: pues son impenetrables las causas eficientes específicas de esta epidemia (10): pues era inevitable (18): pues la rutina (la qual apenas distingo del empirismo) solo es propia de los médicos que ó no pueden, ó no se atreven á pensar por sí; pues en fin se han de tomar sábia y filosóficamente los arbitrios (17 = 18): sea lo que fuere del número de las causas y su actividad; son dos los puntos interesan-

(*a*) Se sospecha inmundicia de estómago al verla; mas yo la veo como emuntorio, ó como signo de astenia gastrica, (debilidad del estómago). Lo cierto es que á proporcion que el enfermo va convaleciendo y aumentando el alimento, se disipa la tela blanca.

tes: primero, discernir la afeccion primitiva. Segundo, computar la magnitud de la diátesis. Y aunque ni el mas pequeño signo es despreciable, mayormente para el pronóstico, como se ve en los que servian á Hipócrates para dar predicciones grandes por síntomas pequeños; el conomiento seguro depende de los característicos.

69. Excederia los límites que me he propuesto, si describiese por menor las combinaciones de accidentes que resultan de la simultánea alteracion de cada uno de los sistemas orgánicos. El concurso de síntomas contrarios entre sí al parecer, forma á veces un caos que confunde á los mas versados. El sabio Pinel, célebre nosógrafo, parece llega á creer complicaciones de diátesis contrarias que es imposible concebir: Por otra parte los innumerables medicamentos que veo recetados y la incoherencia del método que se nota, me obligan á indicar breve y superficialmente algunas consideraciones sobre esto.

70. Se concibe sin dificultad que excitada la organizacion entera, y en conseqüencia las fuerzas de vida en cada órden de partes semejantes destinadas á peculiares funciones; deben todas estas concurrir á la accion general. Estas clases de organizaciones distintas entre sí, pero entre sí ligadas y subordinadas al imperio de la vida y del movimiento se ponen en accion y en reaccion. Cierta correspondencia recíproca y cierta proporcion de fuerzas relativas á las diferentes partes, componen una suma de cónatos: de estos se consideran los que tienen relacion con las crisis; y la disonancia en este género de armonía es la que enreda y confunde á los médicos aparentando las pretendidas complicaciones. A la verdad, no cabe en la lógica sea la desigualdad de acciones orgánicas, una complicacion: esto es, una concurrencia de cau-

sas opuestas que produzcan dos estados contrarios. Por otra parte, yo no concibo ni con Cullen ni con Pinel, ser la depresion de un sistema orgánico un agente de la exâltacion de otro, ó de otros. Se dice que es causa ocasional y cabe una explicacion ingeniosa ¿pero tiene alguna solidez? La especiosa metafisica, y el nombre vago de naturaleza entretienen al peripatético, pero no llenan la teoría de medicina.

71. ¿Y qué fisica es esta? ¿un órgano cuya fuerza está extinguida por una impresion deleteria, comunicará fuerza excesiva á otro con que comunica y en que obra ya por acciones vivas, ya por reaccion ó fuerza de inercia? Para suponer esta inaccion de un órgano como una causa ocasional, es necesario resucitar el alma del mundo de Platon, la naturaleza inerudita pero sábia de Galeno, el Archêo de Helmoncio, la mente humana de Sthaal. Se supone en el cuerpo del hombre un monarca guerrero, que avisado por los sentidos, guardas de atalaya, invadir el enemigo las obras avanzadas, reune en el corazon de la plaza sus fuerzas, redobla las astucias en la defensiva, y por fin hace salidas mas ó menos victoriosas. Mas ¿qué es este general? no es el alma, dicen los semi-sthalianos. ¿Pues quien? La armonia automática del mecanismo. ¿Y qué relox, qué órgano han compuesto por esta armonía sus sonidos desarreglados?

71. Quando las alteraciones, sean simultáneas, sean sucesivas, de los principales sistemas orgánicos conspiran armónicamente á un fin: se celebran y se preven las crisis; quando no, se observan anomalias. Si la afecccion por exemplo, del sistema cerebral y nervioso no se propaga al sistema sanguineo, y la falta de conspiracion de este proviene de la poca ó ninguna energia de aquel; se acaba la vida del cerebro un momento despues que el

médico lleno de esperanzas ha explorado un pulso sereno y arreglado. Por esta razon he considerado la fiebre ataxîca, que hemos visto ahora, como una aberracion de la epidémia. (52) Aunque estas aberraciones son modificaciones que los agentes comunes reciben de la constitucion individual del enfermo; Hipócrates las vió depender de la vicisitud de la estacion. » En los tiempos constantes, dice, se producen enfermedades constantes y de buena crisis: en los inconstantes, males inconstantes y de mala terminacion."

73. Supuestas estas cosas (65 = 69), y supuesto el carácter genérico de nuestra epidemia (32 = 52) y que ella es por sí benéfica (29): lo primero que indagamos á la cabecera del enfermo, es la coincidencia de las alteraciones que sufren los principales sistemas orgánicos: el sanguíneo, el transpiratorio, el gastrico y el nervioso, que yo reuniré aquí al muscular por ser inseparables las afecciones del movimiento y de la sensacion.

74. Quando teniamos en la primavera un exceso de fuego, de luz y de oxîgeno libres, veiamos las combustiones y el calor. El sistema de los vasos excitado, inducia la vehemente inclinacion á la sangría, y aprovechó á algunos aclimatados en pais frio. La epistaxîs era la crisis favorita. En este caso los síntomas gástricos, los cerebrales y los cutaneos, aunque hubiese petequias, que eran roxas, se despreciaban, como que eran subordinados á la afeccion primitiva de la circulacion; y en vano recetaban los médicos sintomatistas, los oxîrrodinos para aplicar á las sienes, y las polentas á la region del higado, los llamados antiespasmódicos &c. Basta este exemplo; pues esta consideracion es aplicable á qualquier otro sistema orgánico, en que prevalezca ó en que sea primitiva la diatesis.

75. En quanto al cómputo de la enfermedad, el profesor que no crea, ó que dude ser esta epidemia rigurosamente crítica (29), y sea mas recetador que observativo, verá perecer entre sus manos á muchos que se habria lisongeado salvar.

76. El profesor que no meditare profunda y despreocupadamente las ideas luminosas de Brovvn, se hallará de sorpresa en un laberinto de que solamente saldrá por casualidad. Sin las balanzas que pone en nuestras manos este médico sesudo y original, no se pueden calcular tan sencillamente como conviene, ni la magnitud de la enfermedad, ni la de nuestras facultades orgánicas; que es decir: no se puede apreciar quanto vale la naturaleza enferma, ni por consiguiente se adaptará á la fuerza del mal una conveniente reaccion de la vida. Hipócrates, oráculo de los griegos, guia de los romanos, y texto de los árabes, restauradores de las ciencias, que vale tanto como decir, toda la sabia antigüedad, no tiene otro principio capital que este avalúo de la diatesis.

77. Esta palabra significa aquel estado del cuerpo vivo, en que desordenadadas todas sus partes, aunque desigualmente, se desvian del estado sano. El número y la nobleza de ellas, y la importancia de sus funciones alteradas, es lo que se llama una enfermedad comun ó diatesis. El cómputo de las fuerzas sinérgicas ya excesivas, ya defectuosas, demuestra no ser, como dice Hipócrates, otra cosa la medicina, que adicion ó sustraccion. Este número, este peso y esta medida, computados en el fiel de la filosofía, y adaptados á la piedra de toque de la experiencia, estrecha á considerar la masa, la fuerza y el movimiento de los órganos, como causa continente ó próxîma de quantas alteraciones presenta el ser organizado. ¿Y de qué nos culpan los médicos acrimo-

nistas y saburrales, quando fué el Altísimo y no fuimos nosotros, quien dió movimiento de accion á nuestras partes sólidas, y condenó á los líquidos á ser pasivos? Ademas ¿porqué razon el palpable movimiento del pulso será un signo mas incierto que una acrimonía de humores que se supone ó se sueña, y que ni aun cabe en la imaginacion despreocupada? ¡Humoristas! ¿Porqué ó para qué tomais el pulso? ¿Teneis en los dedos el paladar y la nariz para percibir lo salado y lo amargo, ó la fetidez de la sangre que corre por la arteria que tocais? Id á buscar venenos corrosivos en la sangre, en la cólera, en la linfa y en la atrabilis, en tanto que nosotros hallamos en las acciones de los vasos, de las entrañas y de las carnes, ó un exceso de fuerza que oprime la vida, ó un defecto que la somete al enemigo que la invade.

Signos para conocer la enfermedad.

78. La noticia de todo quanto ha precedido, es la primera antorcha en la noche de la medicina. Saber el género de vida del enfermo, sus excesos ó su inaccion: las injurias externas á que se haya expuesto, y las primeras indisposiciones que sintió al momento, es conocer las causas eficientes y el modo con que obraron en la produccion de las afecciones primitivas; (exâmen que no hacen los interesados, principalmente para consultar al médico que está distante, y que debia ser mas exâcto que él de las dolencias.) En los hospitales, y en tiempo de epidemia no se consigue este informe: raro enfermo del baxo pueblo, y ningun indio lo dá. ¿Quien no ve la importancia de este primer paso? Pues puntualmente este es el primer tropiezo; porque lo primero, la afeccion primitiva (70) es la causa próxîma de las demas: lo se-

gundo, una dolencia es un efecto; supone pues una causa; mas estas son varias y aun opuestas en su naturaleza, y en vano se pretenderia cese un efecto sin combatir su causa presente: luego es necesario determinar qual de las innumerables que pueden serlo, es la que debe removerse ó corregirse. Vean pues los empíricos, los comedidos á curar, los enfermeros &c. á quanto se exponen en este primero y delicado exâmen, y en el primer juicio que aventuran, que en siendo erróneo, será una cadena de desaciertos: vean que la medicina no es tan facil como se cree: que no consiste en recetar; y vean las gentes que el protestar los intrusos á pocos dias de su primer error »que el enemigo estaba oculto" »que era traicionero" »que es maligna la enfermedad" »que los medicamentos han tenido por objeto descubrirla" que esta charla, digo, es una maldad. ¡Curanderos desalmados! El que precipita con un ligero puntapie un peñasco desde la eminencia, no es el que le hace hundirse en la cima?

79. Sin probidad, sin pundonor, con hambre de fama y de oro, no hay médicos. ¡Lectores! La inmodestia y la charla petulante sostienen la ilusion con que os agradan esos cómicos de medicina, como los llama Hipócrates. No hay mas pena establecida para estos, dice él, que la ignominia; pena que no les toca á un pelo, como no afrentaba á Gavila el cadalso, quando hacia la persona del Mariscal de Viron.

80 El médico está obligado á suplir por su sagacidad la falta de estas noticias (75). Hipócrates en su libro de oro *Praeceptiones*, nos obliga á conocer lo que haya omitídose al informarnos. Casi no debe tomar el pulso el médico que ignore el carácter fisico y el moral del pueblo, educacion, opiniones y preocupaciones, usanzas, propensiones nacionales, forma de gobierno y exercicios:

la localidad, las aguas, los ayres y las enfermedades endémicas, y aquellas esporadicas que sean mas freqüentes: los meteoros, los volcanes &c. &c. Por último, la naturaleza escribe con caracteres elegantes en el aspecto del enfermo la fuerza viva ó la inercia del cuerpo y aun del ánimo que rige sus acciones y sus dolencias. Con estos auxîlios, y empleando algunos años en observar, fácilmente se discierne la diatesis.

Signos de primer órden.

81. Ofenderá mi clasificacion de signos á algunos profesores; mas del juicio que formaren de pronto, apelo al que harán á la cabecera del enfermo.

82. El pulso, el color, la respiracion, son los signos decisivos; y lo son mucho mas por la concurrencia de los otros que se subordinan á ellos. Ninguno si se considera separado, es indefectible: todos son relativos.

83. Si en un enfermo adulto, estando su brazo libre y no apoyado sobre su costado, se ponen las extremidades de los tres ó quatro dedos sobre el pulso, y se perciben 65 á 80 golpes fuertes, poco mas ó menos, por minuto, y que aunque se apriete un poco, lo son: si se ve un color roxo vivo y brillante, de aurora, de fuego ó de escarlata, principalmente en la lengua: si ademas se extiende á toda la boca, á los ojos y al semblante (como suele suceder): si la respiracion no es acelerada, aunque mas ó menos trabajosa; y el aliento es mucho mas caliente que el ordinario; no puede dudarse una accion de estímulo excesivo que aumenta el vigor. En estacion ardiente y seca, la causa directa es el exceso de fuego y de oxîgeno, y entónces es dudosa la pletóra (abundancia de buena sangre) que suponen, acaso sin mas exâmen,

los varios doctores sangredos que hay entre nosotros todavía.

84. Si el enfermo no era robusto: si no digería bien el alimento, por ventura escaso: si estaba antes abatido de cuerpo ó de ánimo: si en vez de enfermar en un banquete ha trabajado al sol ó al fuego, ¿qué virtud nutritiva y de replecion se podrá suponer en los estímulos que le encienden? Si siendo frugal su mesa, el exercicio baxo nuestra zona le exprimía sudores abundantes, ¿se le supondrá atleta de Beocia, ó gladiador romano? Si el médico no cree ser el oxîgeno abundante la causa de estos fenómenos, disminuya la temperatura externa, y los verá desaparecer ó remitir notablemente.

85. Indica este aparato (80) tambien vicio del pulmon; mas entonces el pulso es mas bien alto y blando, que lleno y (si el vicio es antiguo) desigual, como lo habia notado Baglivi. Recurrímos en tal caso á los otros signos de afeccion pulmonar fixa; y si es muy oculta, hacemos toser y suspirar al enfermo, le variamos situaciones &c. No hay exámen mas importante que el de algun vicio instrumental permanente y anterior á la fiebre; (lo que digo del pulmon entiéndase de qualquier otra entraña) porque lo primero, confunde el conocimiento de la diatesis: lo segundo, la fiebre, por saludable que sea, acelera la muerte de los enfermos que tenian algun vicio de estos, que por esconderse en entrañas poco sensibles no se habia conocido.

86. Se entiende significar un estado opuesto ó de defecto de vigor, la predisposicion (7) y caractéres sensibles opuestos á los que van dichos: (8) esto es: pulso que dé mas de 85 golpes por minuto: que si se aprieta un poco mas, no hiere con fuerza, ó se siente vacio y blando: color de lengua y cara, mas ó menos pálido:

tela de la lengua de color gris sucio baxo, ó pardusca, ó mas ó menos aplomada: respiracion libre y fácil, pero acelerada y corta.

Signos de segundo órden.

87. Llamaré así á los demas que forman el carácter natural: que deben subordinarse á los primeros; y que por ser comunes á las dos diatesis, no son por sí decisivos.

88. Las perturbaciones del vientre, las de la piel y del pulmon, las del movimiento voluntario, las de las sensaciones, se combinan en distintos grados, ó simultaneamente, ó por comunicacion: lo qual el médico muy exercitado, ó el que visite desde el principio y con frecuencia al enfermo, puede discernir con seguridad.

89. Todos los demas síntomas son ya de tercer órden, y sirven mas para el pronóstico que para la curacion, exceptuados los signos de las crísis, de que se habla en su lugar.

Consecuencias críticas.

90. La aplicacion de la novísima fisiologia á la clasificacion de las afecciones orgánicas mas bien marcadas y dominantes, es del gusto de los escritores mas distinguidos; pero yo temo las bellas ilusiones, y quiero por tanto, que el cálculo de la diatesis sea el hilo de Ariadne. En la consonancia de los principios brownianos con los posteriores inventos de nuestros grandes fisiólogos, ¿qué veo? Veo el maravilloso enlace de las verdades, y admiro la mano invisible de la razon, que por distintos caminos conduce á los hombres á la mansion de la filosofia.

Si el catedrático de Edimburgo afecta un olvido, quando no un menosprecio de la Chîmia francesa, los profesores de México hemos confesado ocupar ella los vacios que dexa la excitabilidad. (*) El profundo escoces en calidad de puro solidista, pudo entrever en las desiguales afecciones orgánicas, hijas de una sola indivisible diatesis, esas vidas que considera Bichat, y esas conexîones de fenómenos simpáticos que forman la brillante doctrina de Chaussier: y si nosotros consideramos haber órganos en que alguna de las debilidades se anticipa á la astenia general, á causa de haber sufrido aquellos con preferencia la impresion directa de las lesiones morbíficas: júzguese si convenimos en ver las acciones, ya constantes, ya como interrumpidas, de las dos grandes vidas que indicó Bufon: las de las vidas parciales, y por consiguiente las de las muertes sucesivas de los sistemas nervioso, vascular, gástrico &c.

91. Aunque Brown no haya puntualizado el número de los estímulos universales conocidos hasta su tiempo, sus principios no están en contradiccion con las combustiones de Lavoisier, que nos han ilustrado en el conocimiento y manejo de la epidemia. Brown calcula el efecto directo é indubitable del estímulo, prescindiendo del mecanismo con que obra; y la investigacion de este modo, es lo que se ha añadido á la filosofia de este primer revolucionario en la física animal, ó como le llamaba el inmortal Sessé, de este Moysés de la medicina.

92. Quando pues no vea yo acciones real y primitivamente disminuidas: ni por la falta de movimiento

(*) No pocos años ha que para nuestro uso privado hemos anotado el texto de Brown, tanto en lo respectivo á la doctrina como á la práctica, empleando quanta crítica severa y menuda hemos alcanzado.

muscular llamaré diatesis adinámica, ni por la de la potencia cerebral, ataxîca, ni por las petequias y por los arrojos de sangre líquida y negra, creeré ser la fiebre pútrida. Las profundas lesiones de la fuerza vital, de la motriz, de la sensoria &c., que se observan en la carrera ya avanzada de la fiebre, son mil veces ¡y oxalá no fuese así! consecuencias del método debilitador. Para no emprenderlo, es preciso distinguir con Brown las dos diatesis; y he aquí como Barthez, sin la gloria de inventor, ha amplificado nuestras ideas en su division capital de fuerzas oprimidas y fuerzas resueltas.

93. Aunque hubiese petequias, los vómitos, (33) las cámaras, (36) los fluxos de sangre negra eran resultados de movimientos activos, que observado un método sencillo (28, pr. 6.) dexaban sano al enfermo. ¿Y qué? ¿en fiebres pútridas ó adinámicas, en ataxîcas, en remitentes subcontinuas serán salutíferas las evacuaciones enormes?

94. Inferir de los fenómenos que se observan en la agonía y en la muerte, y del horrible aspecto y fetidez del cadáver, haber sido pútrida la fiebre, es dar por causa el efecto. Todo animal camina precipitadamente á la corrupcion desde el momento en que vacilando la fuerza de la vida, comienzan en el cuerpo las propensiones de la materia muerta, y se somete á las leyes químicas de la descomposicion. El vulgo queda satisfecho de que el enfermo debió morir, y muy pagado del médico si recetó antipútridos. Mas ¡á quantos pacientes arruinan las drogas que obtienen esta sonora denominacion! Supongamos que real y absolutamente sean antipútridas, ¿obrarán como tales quando se apliquen á una putridez soñada? La verdadera consiste en una desunion de nuestros elementos; y una acrimonia pútrida es específicamente distinta de otras congéneres. Sin embargo: un

escritor ensalza como antipútrido el amargo de la quina: otro el ácido del limon, ó el del azufre: otro el aroma del alcanfor. No es tal variedad lo mas notable: eslo sí: aplicar caústicos. ¿Como corregirá la séptica cantárida el estado séptico de los humores podridos? Se responde, que dando vigor á los órganos. ¡Ha! La fuerza de la verdad arranca á las bocas y á las plumas de los putridistas esta confesion! Verdaderamente, solo es antipútrido el vigor de los órganos.

95. ¿Por qué pues recurrir á causas invisibles, á suposiciones vagas arábigo-escolásticas? ¿Diráse estar á la vista la putridez, segun los humores que arroja y que retiene el enfermo? Diráse una verdad que es nada menos un principio de pronóstico indefectible. Mas entendamonos. No se duda la exîstencia de la putridez. La cuestion es, si ella es un efecto, como confesamos; ó si es una causa, como pretenden los humoristas. ¿Es creible se pudra un hombre en dos minutos, tanto que á los otros dos caiga en fiebre pútrida? ¿No se conservan hasta hoy libres de epidemia mil achacosos, los inficionados de muchos géneros de vicios, y como dicen, llenos de malos humores?

96. Me he propuesto ciertos límites; y tanto en esta como en otras cuestiones que indico en este escrito, me contento con poner en guarda á los médicos contra los sistemas racionales. Tan extremo vicioso es el empirismo ó experiencia no raciocinada, como el raciocinio que no nace de la experiencia, ni ella lo comprueba; y nada ha atrasado tanto la medicina, como el puro racionalismo.

97. Si escribiera yo en Europa, merecería la exêcracion que se concilia el conquistador que para invadir resucita querellas antiguas y olvidadas; mas mi decla-

macion en la tribuna de un pueblo literario que conserva sus tradiciones humorísticas y acrimoniosas, no es ¡vive Dios! intempestiva.

98. No concluiré este artículo sin tocar un vicio de que no está libre la Europa culta, y consiste en reducir las indicaciones prácticas á las clasificaciones. Los que sin atender á la altura á que asciende ó desciende la diatesis, se rigen por los puros síntomas, consideren qué lugar ocuparán en un bello quadro nosológico tantas de nuestras fiebres accesionales, pero ni remitentes, ni intermitentes, las quales en tres, quatro, y aun hasta en seis ú ocho periodos hacen sus crisis. Presenté á algunos profesores uno de mis huérfanos, que quedó tal en el lazareto del quartel 1, quien al quarto periodo de las que llaman recaidas quedó por tantos dias sin fiebre, que pudo viajar á Guadalupe. De vuelta le invadió la fiebre, y al momento le cubrió de infinitas manchas horribles violadas y negras, súbita y perfectamente críticas. Afeado de ellas, estaba incorporado y alegre. En este periodo de tres dias recobró el color, que no habia restaurado en las no pocas semanas de apirexîa intermedias entre sus recaidas ó exâcerbaciones de su calentura, que para mí fué una. ¿Qué se adelantaría con llamarla anómala? Nada.

ARTICULO 2.

Exposicion del método curativo adoptado y propuesto por el autor.

99. ¡Qué vergüenza será suponer útil el método sencillo, solamente para curar al pueblo! Antes bien, nada es mas filosófico que simplificar los principios. Las innumerables combinaciones de poquísimos de ellos han

hecho las clasificaciones fastuosas en toda la ciencia natural; mas no han desmentido la sencillez hija de la sasabiduría que brilla en la creacion. Son infinitas: esto es, indefinidas las combinaciones de nuestros nueve, ó sean diez números arábigos: lo son en el cálculo inventado por Cárlos XII de Suecia, que es de seis: en el de Weigel, de quatro; y en fin en el de Leibniz, que se reduce á la unidad y al cero. Dos principios: el calórico y el oxîgeno. Dos bases: el carbono y el hidrógeno..... ¿Qué mas necesitaba la obra del Eterno desde que salió del caos? ¿Qué mas necesitará hasta que el fuego postrimero destruya las generaciones, para haber organizado y para renovar el asombroso número de criaturas de los quatro reynos de la naturaleza? Newton, Brown, Lavoisier, ¿por qué amancillaría yo vuestra gloria, disimulando en favor de los talentos ó medianos ó góticos, la que os pertenece como exclusiva, por ser vuestra sencillez la prueba de vuestra sublimidad?

100. Aunque la naturaleza de la epidemia es una, son dos sus modificaciones esenciales. (80 = 83)

Primera modificacion. Primera diatesis.

101. En el aparato: (80) los aclimatados en pais frio pueden sangrarse, habidas las siguientes prevenciones. Primera: el temperamento nacional es el flemático, singularmente el de los indios y castas. Segunda: el alimento de estos es vegetal. No lo condeno; mas no lo creo capaz de formar atletas. Tercera: una de las causas que han favorecido el mal efecto de la epidemia, disponiendo mal al pueblo, fué la carestía y escasez de carnes, la qual coincidió con otras lesiones debilitadoras, de que se ha hablado. (Diario de 11 de mayo.)

Digresion interesante.

102. Hay algunos errores relativamente á este objeto. Primero: la decantada sanidad y robustez de los indios. Se supone que encanecen muy tarde y no caducan delirando. Se atribuye su ceguedad y las otras enfermedades de sus ojos á su gran vejez. La longevidad de los indios es una quimera. Se les anticipa la vejez. Rara india es madre de muchos hijos, sin embargo de casarse muy temprano, ya porque viven muchos juntos en habitaciones estrechas, ya por su desnudez, ya por el zelo de los párrocos, ya en fin porque no se les proporcionan los estados de celibato. Ninguna persevera fecunda hasta el meridiano de la edad. La sanidad de los indios, compatible con un estado que no puede decirse de gran robustez, y su firme y blanca dentadura, son efectos de alimento moderado y uniforme, de su habitacion campestre, y de sus hogares inaccesibles al arte de envenenar las comidas.

103. Atendida la benignidad del clima, de que disfruta el indio sin vidrieras, biombos ni cortinage: su vida activa: sus horas de sueño las mismas que estableció la naturaleza en todo el reyno animal: su poca delicadeza en la cama &c.: sus ningunas aprehensiones: su poco exercicio de la facultad de pensar: su esfera política, donde no giran la azarosa órbita de los aúlicos: sus usanzas patriarcales; y en fin su misma apatía, debian componer un pueblo hercúleo, y haber entre ellos muchos Teseos. Cotejadas la estatura, la musculacion y la agilidad de los indios del norte y de las serranías con las de los que habitan los valles del corazon del reyno, expuestos á todas las enfermedades, y víctimas del tabardillo, no se creería estar baxo una zona el viejo y el nuevo México.

104. Nuestros indios desde la infancia y puericia, en que se habian de formar robustos, se acostumbran al escaso y ruin alimento: comen tierra, carbon &c., y se llenan de lombrices. La magrura y aridez de los viejos resulta del endurecimiento en el trabajo: son Antonios é Hilariones desde la edad consistente, como que mucho antes de ella son anacoretas y viven vida de esclavitud.

105. En medio de todo, acostumbran sangrarse para entrar en sus grandes trabajos, ó de vuelta de ellos y de sus peregrinaciones; y como son tenaces en sus costumbres, aunque les sean gravosas, solamente la constancia de las personas que tienen ascendiente en ellos podrá con el tiempo convencerlos contra tan pernicioso abuso.

106. Otro error, sembrado por los iatro-matemáticos, es tener por signo del estado inflamatorio la costra blanca de la sangre extraida, aunque el enfermo esté hidrópico. Volvamos á nuestro propósito.

107. Supuestas las prevenciones (98): la quietud, obscuridad, abrigo ligero que no acalore, renovacion del ayre abriendo algo de las ventanas en horas de serenidad, reiteradamente siempre que se perciba calor; alejar del enfermo fuego, luces, personas, ruidos; darle alimento ligero: sobre todo, observar cuidadosamente el aparato crítico, allanarle el camino, todo esto excusa el derramamiento de sangre. Es la verdadera medicina observar el genio de la enfermedad en muchos pacientes: sabe mas el médico que aprende á no hacer.

108. Calculada la diatesis (64) por los signos de primer órden (76): en el aparato (77), el remedio principal son los polvos salinos. Tienen estos, tres objetos. Primero: rebajar el ímpetu de la fiebre reduciéndole á la benignidad crítica, para obtener el beneficio que se

espera de la sangria. Segundo: limpiar el canal alimentario. En este siempre hay repuestas superfluidades: el enfermo ha digerido mal en aquel tiempo anterior á su caida, en que no sospechaba su mal, pero que éste ya le habia suavemenre herido: por lo ordinario en este aparato (77) comienza el mal aumentando el apetito. Son graves, y muchas veces gravísimos, los accidentes (35) que se siguen á la retencion de impurezas, y ¡á quantos habrá costado la vida la omision de estos polvos en el principio! Avanzada la fiebre, ya no se consigue limpiar el vientre; y las materias en él detenidas causan la soñolencia, el delirio, la elevacion de vientre, y al fin la suma putridez. Tercero: disminuir el exceso del oxîgeno de los humores del estómago, cuyo pernicioso efecto demuestran el sabor y los colores (excepto el negro) de los vómitos y de las cámaras. Tanto mas necesario es este remedio, quanto mas caliente y seca sea la estacion.

109. La toma de tres drágmas se repite dos veces cada dia, hasta que desaparezcan los síntomas gástricos, (33) y la lengua (39) que jamas engaña, y es el indicante de mas urgencia, mayormente si hay síntomas catarrales, sobre todos, aquella tos que remata en vascas, y á cuyos sacudimientos siguen el dolor de cabeza, el aturdimiento, la obscuridad ó las imágenes de luz en los ojos. Si á esta lengua lustrosa roxa y cubierta de la telilla como blonda, acompaña pulso no muy frecuente, alto, sea duro ó blando, se insiste aun por semanas en los polvos.

110. Mas si el pulso es angosto, blando y muy acelerado: si el roxo de la lengua es muy baxo: si el enfermo ha vivido ó permanecido algunos dias en tierra caliente, solo en urgencia suma de corregir el agrio de estómago, se daran con prudencia estos polvos el primer

dia, y á lo mas el segundo; porque en estos casos, quando menos se temia, caen en postracion los enfermos, y se frustra la crisis.

111. Quando se administran estos polvos con solo el segundo ó el tercero objeto (104) á personas débiles ó achacosas, ó que hayan padecido alguna vez tercianas, se dividirá la dósis de los polvos en tres, disolviéndolos en tres pozuelos de infusion teiforme de flor de manzanilla. Si esto es de la segunda semana en adelante, en infusion de *tlacopatli*, de la qual basta lo que de ella se tome con tres dedos para los tres pozuelos. A los niños se pueden dar los polvos mezclados con alfeñique.

112. En los casos (31 = 33) era para mí evidente aquel paso del oxîgeno desde la piel, donde ya no formaba materia traspirable, hasta el estómago, donde forma humores casi venenosos. Disponia la friega simple en los casos (80), ó la estimulante en los opuestos (83). Daba el citrato de potasa en los quarteles y hospitales; mas á los enfermos particulares, cuya asistencia singular admite prolixidad, lo ordenaba así: 15, 20, ó 24 granos de sal de agenjos (segun la edad ó delicadez de la persona) se disuelven en quatro ó seis cucharadas de agua (pura en los robustos, ó aromática, v. g. de yerbabuena, orégano, toda cidra, azahar, en los débiles). Luego al instante que la haya tomado el enfermo, tomará otra tanta con seis, ocho, ó doce gotas de xugo de limon, repitiendo estas tomas en el mismo órden (si el enfermo las vomita) segunda y tercera vez, y sosteniendo la boca del estómago con una rebanada de pan rociada con vino y recubierta de polvo de pimienta, ó bien con un colchoncito relleno de estos polvos de pimienta, y calentado.

113. En el caso (34), siendo el vómito amarillo ó

verdoso, alternaba la magnesia con la mixtura acídula cargada de quina, ó esta corteza en la infusion de tlacopatli, caso que el agridulce no tuviese lugar, ó pusiese mas verde el vómito.

114. Por mas que se trabaje quando se asiste al pueblo, no pueden rastrearse, salvo una ú otra vez, las causas que precipitan súbitamente al enfermo en este y en otros abismos de debilidad indirecta. Por una parte el vino emético dado á los vigorosos sin discernimiento: por otra el pulque cargado del sumo amargo y estimulante de espinosilla, primer recurso de los pobres: por otra el abrigo, la friega de sebo y sal, y otras irritantes: por otra el alimento craso y aun sólido: por otra en fin el ponche tibio ó caliente, y el uso de los sinapismos ó plantillas, ponian espuelas al potro en cuesta-abaxo. Así murieron muchos, que habria salvado la quietud, fresco &c. (104) Como quando el enfermo se agrava, se ocultan de intento los errores que se le han hecho cometer; es imposible, como digo, saber la causa del estrago. Aun puestos ya los pobres á nuestro cargo, se cometian furtivamente errores, que habia interés en ocultar. ¿Ni como habian de revelar su conducta los que solo ocurrian al médico de la caridad por lograr alimento y abrigo, despreciando sus recetas, que se encontraban rodando entre los pobres muebles y las basuras; ó bien arrojaban los remedios, usando de los que prescribian los curanderos y mil RR. PP.? Con tanta mas constancia y franqueza gratificaban los enfermos de caridad á sus curanderos, quanto mas segura tenian la racion y el abrigo.

Segunda modificacion. Segunda diatesis.

115. En la debilidad decidida (34 = 43 = 47 = 2 = 52 = 53 = 54 = 57 = 84 = 86 = 110) y en las fiebres análogas á la intermitente perniciosa ó enmascarada, causon, remitentes (52) &c., ha sido la quina el verdadero remedio; mas como en las continuas, ó solo se dá quando se ven los síntomas que llaman de putridez, y por consiguiente ya tarde, ó solo se dá subordinada á otras indicaciones, y no en las debidas cantidades: este uso de tal remedio, ó hiporético ó empírico, la ha desacreditado. La quina, fuera de su oportunidad, ni aun en los frios es específica.

116. Hipócrates, que no la conoció, usaba en los casos en que la hemos empleado, como específica, la mandrágora, y otros medicamentos incendiarios. Veanse en sus obras, y reflexîonese en su método. Purgas drásticas, benjuí, heléboro, trifolio en vino puro. Purgaba la cabeza: daba muchos baños calientes: abrigaba con exceso. Conforme al proverbio, sacaba un clavo con otro; y en verdad, solo acumulando calórico libre, se deshace lo coagulado: solo así se restituye el oxîgeno á la piel para formar la traspiracion, crisis feliz.

117. La pérdida suma de oxîgeno, y la formacion del carbon que indica el color negro de los materiales que por qualquier via se arrojen, pide grandes dósis de quina. Prácticos hay que han dado hasta ocho onzas en quarenta y ocho horas. Hace maravillas, principalmente habiendo pulso muy acelerado mas ó menos vacio, palidez, dolor de cabeza y de miembros excesivo, lengua húmeda y descolorida, diarrea, disenteria, sangre por las encias, sordera, ideas muy turbadas, inclinacion á levantarse, posicion boca arriba, ojos roxizos, sudores pega-

josos, enfriamientos. Se auxîlia la operacion de la quina con los sinapismos, la friega estimulante ó de mostaza disuelta en vinagre, con el vino, la mixtura carbónica, la tintura espirituosa de pimienta (remedio soberano en dósis desde diez ó doce gotas hasta veinte y cinco ó treinta en las intermitentes perniciosas)

118. Prefiero el polvo de quina á todas las preparaciones que se han inventado: primero, para lograr entera su virtud sin despojarla de la resina, la qual no se disuelve en agua, ni en vino. Segundo, para cortar en tiempo las accesiones. El sabio Mutiz: ese literato, honor de España y lumbrera de la América, cuya pérdida jamas resarcirá el orbe de las letras, ha preferido la quina fermentada; y mi caro amigo Mociño, el genio mas vasto y mas ameno que ha dado la N. E., con la cerbeza de Mutis, preservó del vómito en Veracruz á quantos la tomaron. Mi mixtura acídula, que es muy anterior á la cerbeza del profesor de Santa Fe, es la preparacion mas generosa y mas grata al paladar de quantas se conocen. Con tal que esté bien hecha, es un vino ó una rosella. Conserva íntegra la virtud tónica y fibrifuga de la quina. Al oxîgeno excesivo y libre, presenta un combustible, y lo fixa. En el defecto de este gas, lo subministra. En el exceso de carbono, satura esta base, y si se ha formado carbon, se combina con él y le destruye. Nervina, antipútrida y cordial, ahorra las aguas aromáticas, el vino, las confecciones restaurantes, los ácidos minerales. No enciende como los espirituosos: no entorpece como los opiados. Corrige los despeños.

119. Ni Mangin ni Alibert, comparables, aquel con Verulamio, y este con Hipócrates, habrian limitado la quina á las intermitentes, si hubiesen ensayado la mixtura acídula. (En otro pais habria yo impetrado privile-

gio exclusivo para despachar botellas selladas de mi secreto. ¡Patria! jamas protejas droguistas, ni secretistas de medicina). En las fiebres adinámicas, en las ataxîcas, en las petequias, y en los fluxos de color negro, en los depósitos gangrenosos, en el hipo &c., (86) ha arrancado este remedio mil presas á la muerte.

120. En los excesivos fluxos de sangre: en el vómito y cámara negros: en el sumo ardor: en el estado de un pulso sumamente acelerado, se ha dado la quina en la mixtura ácida, variando la dósis de la corteza segun la gravedad de los síntomas.

121. Supuesto que los vómitos (34) arguyen una degeneracion ácida muy oxîgénica, y supuesto que tarde ó temprano se habia de notar tal vicio en los enfermos: aunque ya el facilitar el vómito con solo agua tibia, ya dar un vomitivo vegetal era útil al principio de la fiebre; en todo tiempo ví con temor los eméticos antimoniales. Solamente con que el vino sea de inferior calidad, basta para no fiar del emetico. ¿Pues qué deberá recelarse del estado acre de los xugos del estómago? Por esta razon decia yo, se pueden hacer venenosos en el estómago los eméticos. Ademas, he presenciado casos de envenenamiento causados por el vino emético: uno de ellos es auténtico por proceso seguido en la sala del crímen. Las observaciones y las máximas de Werlhof han coincidido con las mias; y si al publicar *mi modo de socorrer á los enfermos &c.*, hubiera tenido á la vista las ideas de este sabio, y citado una autoridad de mar en fuera, es seguro no vería tantas recetas de eméticos despachadas por cuenta del fondo de caridad. Acaso los acérrimos Masdeballistas habrian empleado el tlacopatli, cuya virtud vomitiva indiqué muy de intento.

122. A mas de ser por sí mismos, y por haber alte-

rado esta epidemia de un modo tan sobresaliente los xugos gástricos, unos remedios mal seguros, infieles, y de ser medicamentos que deben su orígen á un veneno, no deben quedar á disposicion del pueblo; y he aquí uno de los grandes inconvenientes que hallé en que los médicos diesen recetas sueltas. En mi presencia llegó un hombre que venía de fuera, y hallando á su muger con la fiebre, llevó á la botica de D. Sebastian Moron una receta de emético dada seis dias antes. ¿Y qué obligacion tiene la gente de saber si un remedio que hoy sana, de aquí á algunos dias mata? ¿Quien contara las recetas que se han despachado con tal importunidad? ¿Quien calculará la mortandad que habrán causado?

123. Las sales volátiles, los que llaman aceytes empireumáticos, (que huelen ingratamente á ollin) los carbonatos enérgicos, como el de ammonia (álkali volátil fluido), el agua mefítica (saturada de ácido carbónico) son remedios recomendados con entusiasmo; y como ademas tenia yo ensayado por uso continuo de muchos años el licor de cuerno de ciervo en los casos de abatimiento y de convulsiones, en favor de la economía propuse para estos casos la mixtura carbónica. Yo doy este licor hasta por drágmas. Auxîlio su operacion con la friega de mostaza molida y disuelta en vinagre criollo, que es mejor que el de Castilla para esta y para sinapismos.

124. Aunque en el vicio verminoso es la quina el mas eficaz remedio: en atencion sin embargo á que los niños, primero: no toman suficiente dósis; y segundo: á que en los plebeyuelos hay poca sensibilidad, propuse el elixìr, que en pocas gotas tiene mucha energía, mayormente baxo la zona ardiente. Los adultos pueden usarlo hasta treinta y mas gotas. La haba de S. Ignacio

fué siempre un remedio soberano, usado por los PP. Jesuitas en todos los vicios de estómago de los súbditos de España en América y en Asia, de donde se acreditó en China, en Italia &c.

125. Despues que en las viruelas (42) ví perecer en pocos dias cinco ó seis niños cuya piel presentaba lunares y manchas negras, fuese en la viruela espontanea, fuese en la inoculada, me determiné á emplear el mercurio; y esta tentativa, que me salió felizmente, me proporcionó salvar la vida de estos niños, que á la presencia de las petequias negras se daban por deplorados. Qualquiera de las emulsiones purgantes de mis antiguos formularios (a) (b) promovia en pocas horas la expulsion de las ascáridas, lombrices largas de una quarta á una tercia, lustrosas, mas ó menos roxizas, que son las mas ordinarias.

126. Así como en la viruela confluente (asténica) muy pocas veces pude hacer uso de las emulsiones: (43) (a b) por la misma razon: esto es, á presencia de la debilidad directa, no las he empleado ni una vez, contentándome con el elixîr del formulario provisional, dado en alguno de los xarabes del mismo formulario, estimulando la region del vientre con la embrocacion estimulante, ó sola, ó añadiendo polvo de pimienta.

127. Este es el método sencillo y económico, adoptado por no pocos profesores, y corroborado con sus numerosas observaciones, como acaso se sabrá por los

(a) Desde ocho hasta diez y seis granos (segun la edad del niño), y hasta diez y ocho en los adultos, de escamonea, ó diagridio sulfurado, y tres, quatro ó seis granos de calomel, molido todo con almendra dulce y azucar para dos onzas de orchata.

(b) De quince á veinte semillas del croton dioico (zorrillo), molidas en agua hasta dos onzas.

estados, comparados con las recetas: y sí nuestros esfuerzos han sido insuficientes: antes de arguirnos con la mortandad, que en efecto es infinitamente mayor de lo que correspondia, averigüense las muchas causas de ella, ya que solamente van indicadas algunas en el discurso de este escrito; y todo crítico convenzanos primero, de que hemos tenido á tiempo los varios auxîlios contra los vicios de la localidad, sin los quales es manco ó impotente qualquiera método.

128. En México ha sucedido lo que en todo el mundo. La codicia y la superchería se aprovechan de las calamidades públicas. Han asistido enfermos quantos han querido vender la conciencia y tambien la patria por precios vilísimos Y ¡ qué desgracia! se endurecieron no pocos de aquellos ricos que la Divina Providencia habia constituido administradores del pan de los menesterosos.

129. Por una parte pues, llevándose en la práctica indicaciones secundarias, como se ve por las recetas que he tenido á la vista por millares: por otra la escasez de los socorros: por otra en fin estando mal situados los enfermos, ¿ qué argumento formara la mortandad? No obstante, cavilarán como acostumbran, y pretenderán desconsolar al pueblo esos hombres de cascos ligeros, como el miserable Pedro Clara Cobos, frio é insulso pseudónimo; el incivil filósofo aficionado, y....

Ambubaiarum Collegia, Pharmacopolae
Mendici, Miomae, Balatrones. Hoc genus omne....

Conclusion.

La epidemia, segun el aspecto de las cosas, se establecerá por mucho tiempo: tal vez se hará endémica, y en algunas partes pestilencial. (*) Estos avisos en tal caso, podrán servir para que no se maneje tan á ciegas como suele manejarse, y ademas excitarán á otros facultativos á que aconsejen cosas mejores, no poniendo los ojos en los errores de Montaña, mas en la sagrada obligacion de servir á la humanidad.

(*) En México y en la doctrina de Xaltocan, cerca de Huehuetoca, hemos notado algunas muertes repentinas en el discurso de esta epidemia.

FORMULARIO PROVISIONAL,

dispuesto por el facultativo comisionado en la epidemia de calenturas que invadió á México el año de 1813.

Polvos salinos.

Tómense dos drágmas de sal admirable, y una de magnesia verdadera: mezclense en el mortero: para una toma.

Mixtura acídula.

Tómese media onza de polvo recien hecho y muy sutíl de quina anaranjada: rocíese con aguardiente fino, hasta que se haga una masa muy blanda ó casi líquida: disuélvase (no en vasija de cobre) en dos quartillos de limonada, de naranjada, de vinagrate (con vinagre de Castilla), ó de qualquier otra agridulce: piña, tamarindo, xocuixtli, ó cidra: para quatro tomas. (a)

Mixtura ácida.

Media onza de dicha quina rociada, se disuelve en la misma cantidad de agua endulzada con azucar, añadiendo las gotas del ácido que llaman aceyte de azufre por campana, que basten á dar sabor agridulce. (b)

(a) La cantidad de quina se puede rebaxar; mas segun repitan los escalofrios ó los enfriamientos, ó la palidez del semblante del enfermo, ó segun sea mas ó menos azafranada su orina, y roxo ó roxizo el asiento que deposita, se debe dar la media onza por dia, é insistir en ella aunque sea por una semana, ó mas, segun la urgencia.

(b) Se dá quando el pulso es muy veloz, que pasa mucho de cien golpes por minuto: quando el calor es excesivo, y huye por qualquiera via sangre, sea roxa, ó sea negra.

Mixtura carbónica.

Dos drágmas de licor de cuerno de ciervo en dos quartillos de agua destilada: para ocho tomas.

Citrato de potasa.

Tómese un escrúpulo de sal de agenjos (para niños; mas para personas débiles ó delicadas medio escrúpulo): humedézcase bien con xugo de limon maduro: viértase encima medio pozuelo de infusion teiforme de yerbabuena, ó qualquiera planta olorosa: mejorana, orégano, tomillo, flor de manzanilla, ó de agua de azahar, añadiendo 4, 6, ú 8 gotas de laúdano líquido: para una toma.

Elixîr.

Mézclese media onza de tintura espirituosa de quina con dos drágmas de la de Ignacia amarga (haba de S. Ignacio): dósis de 4 á 12 gotas para niños, y de 12 á 25 ó 30 para adultos. Se dan en agua, en vino, en pulque, ó en alguno de los dos xarabes.

Friega simple.

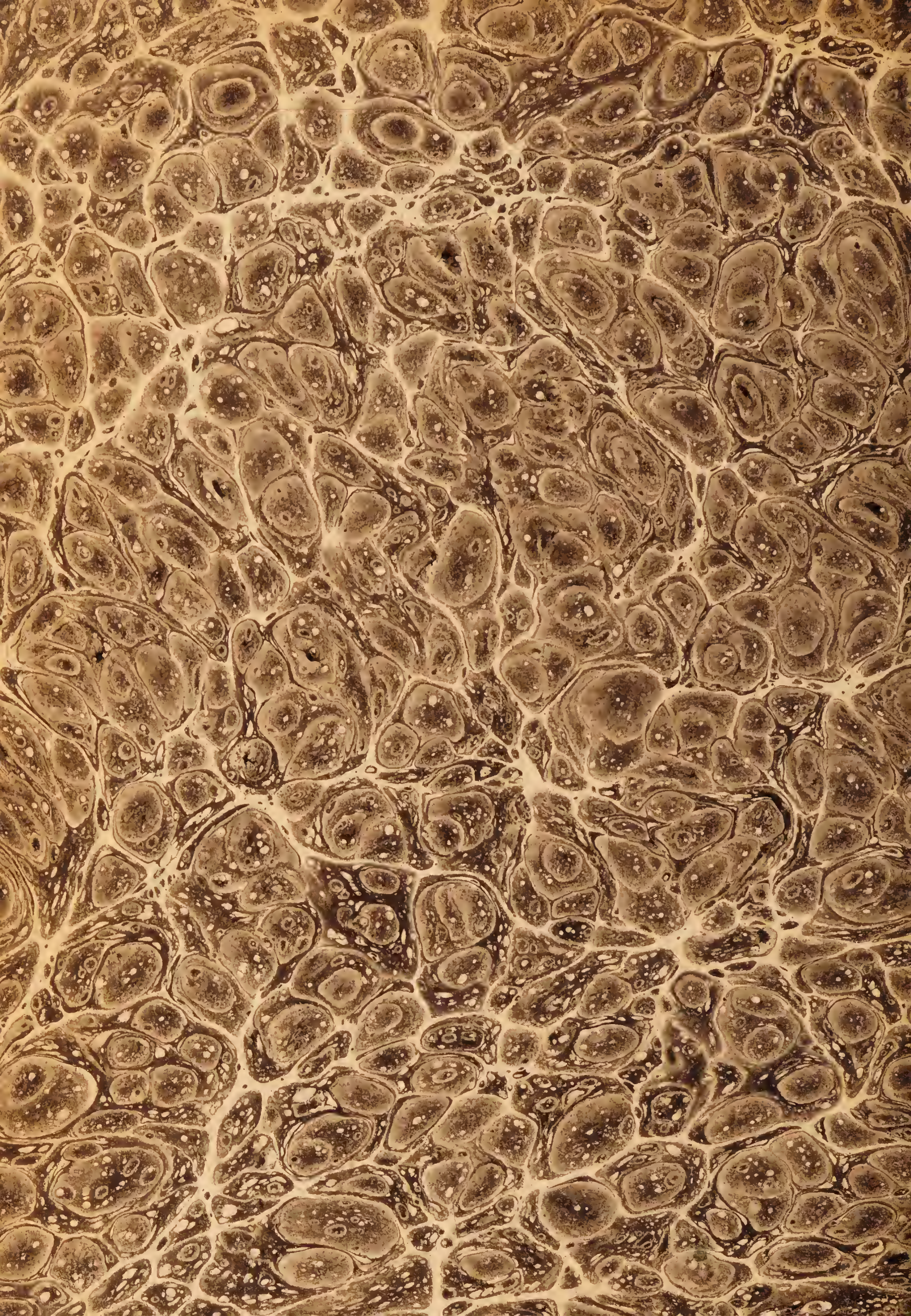
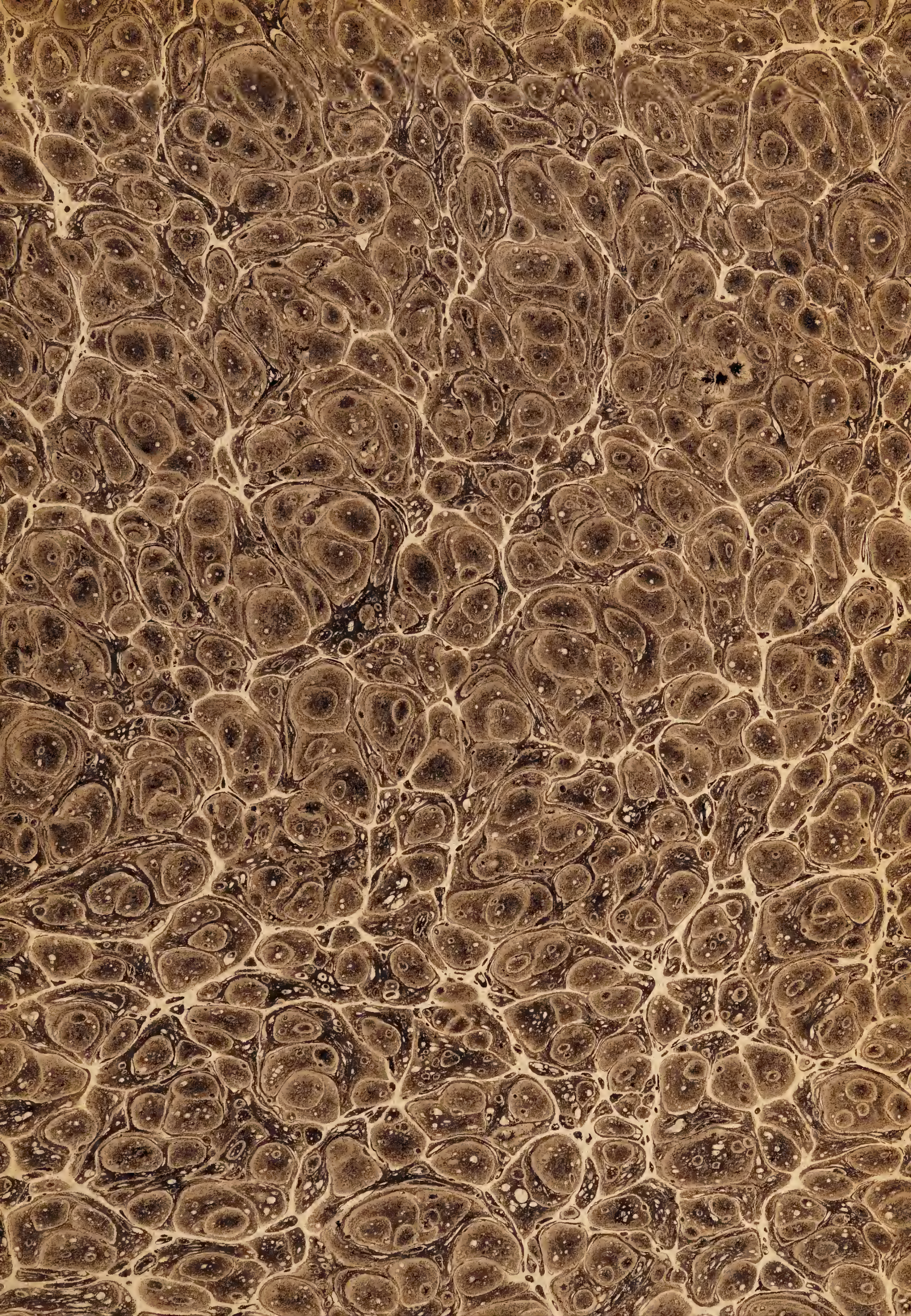
Nitroleo comun.

Friega estimulante.

Dos partes de aceyte de matiolo, ó de hipericon, y una de tintura de mostaza hecha en vinagre.

Para niños.

Xarabe de quina.

Xarabe de corteza de cidra.

Nota. Las dos mixturas de quina, preparadas ocho, doce ó mas horas antes de tomarse, pasan á ser un vino. Aunque á las personas delicadas y á los niños se administren decantadas, ó dexando aposar el polvo, quedan bastante eficaces.